

ANIMORPHS

— 23 —



La Farsa

K. A. Applegate

Lectulandia

Una chica busca a Tobias. Asegura que es su prima, y Tobias no sabe si dice la verdad, pero parece buena persona, y sabe mucho de él. Lo que cuenta es muy interesante: parece ser que un abogado ha descubierto el testamento del padre de Tobias. Su «prima» se ofrece para asistir con él a la lectura del documento. Pero algo no encaja. Los *animorphs* deciden investigar un poco... y lo que descubren cambiará para siempre la vida de su compañero.

Lectulandia

K. A. Applegate

La Farsa

Animorphs #23

ePub r1.0

Sharadore 22.07.13

Título original: *The Pretender*

K. A. Applegate, Noviembre de 1998

Traducción: Sonia Tapia

Diseño de portada: Sharadore

Editor digital: Sharadore

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El autor quiere dar las gracias a Michael Mates por su ayuda en este manuscrito.

Para Tonya Alicia Martin
Y también para Michael y Jake

1

Me llamo Tobias.

Ése es mi nombre. Pero los nombres no dicen gran cosa, ¿verdad? Yo, por ejemplo, he conocido a dos Rachel. Una era una persona quejica y antipática. La otra Rachel, la que conozco ahora, es la persona más valiente que he visto en mi vida.

Vosotros creeréis sin embargo que, al decirnos que me llamo Tobias, por lo menos estoy diciendo que soy una persona, ¿no? Habréis imaginado que tengo brazos y piernas, una cara, una boca... Pues la verdad es que los nombres ni siquiera dicen eso

No soy humano. Fui humano en otros tiempos. Nací siendo humano. Tengo características humanas, y puedo convertirme en humano durante períodos de dos horas. Pero no soy humano.

Soy un ratonero. Es una especie de halcón muy común, nada exótico. Los ratoneros suelen vivir en bosques junto a campo abierto o praderas. Así es como cazamos mejor: posados en la rama de un árbol, vigilando el campo hasta que vemos una presa. Entonces nos lanzamos sobre ella.

Es justo lo que hago yo. Vivo entre los árboles cerca de una pradera preciosa. Por desgracia últimamente no hay mucha caza. Son cosas que pasan: para las aves de presa hay buenos tiempos y malos tiempos.

Pero sobretodo es una cuestión de competición. Otro ratonero se ha instalado en mi territorio. Y se ha estado comiendo mis ratones. Entre esto y que tenemos un poco de sequía la comida escasea.

Que tontería, ¿eh? Que tontería preocuparse por una cosa así. Quiero decir que yo tengo poderes que superan en mucho a cualquier otro ratonero. Puedo convertirme en humano. Puedo convertirme en cualquier animal. Podría convertirme en cualquier felino, o en una serpiente, y acabar con el otro halcón.

Pero no lo hago.

Podría también enfrentarme a él directamente. Halcón contra halcón. Pero tampoco lo hago.

No hago nada. Pronto el ratonero me presionará, intentará echarme. Tal vez entonces tenga que buscar una solución. Pero ahora mismo no hago nada. Sólo paso hambre.

Podría acudir a los otros, a Rachel y los demás animorphs, mis amigos. Pero sería una debilidad tremenda. ¿Cómo puedo ir pidiendo ayuda para una situación que debería solucionar yo solo?

Así que me posé en mi árbol y contemplé la hierba seca, vigilando como sólo un halcón puede vigilar: con una mirada telescópica y una mente que nunca se cansa de buscar el rastro posible de una presa.

Esperé, siempre alerta, atento al movimiento de una brizna de hierba, a cualquier

rastros de polvo, al débil sonido de unas patas diminutas en el suelo...

Y de vez en cuando miraba al otro halcón, al otro lado de la pradera. Estaba a unos cien metros, la distancia de un campo de fútbol. Pero le veía con toda claridad. Era como mirarse en un lejano espejo. Sus ojos amarillos, furiosos, el pico curvo, las afiladas garras clavadas en la rama del árbol.

Él también me miró: era un halcón puro. Yo, en cambio..., yo era una criatura única, un inadaptable llamado Tobias.

<No —le dije, aunque por supuesto él no me entendió—. No voy a utilizar mis poderes mórficos contra ti. Esto será entre tú y yo. Halcón contra halcón>

Él volvió a mirar al campo. Yo también. Hacía tiempo que tenía localizada la madriguera de una familia de conejos. Tres crías habían sobrevivido. Yo era bastante humano para saber que cualquier persona se horrorizaría de verme matar y devorar a una cría de conejo. Los humanos preferirían que me lanzara sobre la hembra adulta.

Pero se equivocan. La vida en la pradera no es una película de Walt Disney. Si mataba a la madre, las crías morirían. En cambio, si mataba a las crías, la madre sobreviviría y podría volver a parir. Podría tener más crías para que yo las atrapara las matara y las devorara.

Además, había otra cosa: los conejos son más resistentes que los ratones. Te pueden dar un buen golpe con las patas traseras.

Ésa es mi vida. Una pradera que se está quedando sin presas. Un competidor que quisiera echarme del territorio. Y una familia de conejos que tiene que morir para que yo sobreviva.

¿Veis lo que os decía de los nombres? En los viejos tiempos cuando era humano del todo «Tobias» era una palabra que significaba «blandengue». Eso era yo. Creo que entonces era un chico más o menos simpático. Supongo que a los profesores les caía bien y a las chicas les daba pena. Pero la verdad es que atraía a los matones como un cuello sudoroso atrae a los mosquitos.

Todo cambió de la forma más inesperada. Fue la noche que Jake, Rachel, Marco, Cassie y yo pasábamos por el solar abandonado y vimos aterrizar una nave espacial. Allí conocimos al príncipe andalita, Elfangor.

Elfangor nos dijo que nuestro mundo iba a cambiar.

Nos contó que los yeerks estaban invadiendo la Tierra en secreto. Los yeerks son unos gusanos parásitos que se te meten en el cerebro y te esclavizan.

Fue Elfangor quien nos dio unos poderes que hasta entonces sólo habían poseído los andalitas. Elfangor nos transformó con la tecnología mórfica andalita. A partir de entonces tuvimos la capacidad de absorber el ADN de cualquier animal que tocáramos, y de convertirnos en ese animal.

Así fue.

Yo me convertí en halcón, pero pasé el límite de las dos horas y me quedé

atrapado en el cuerpo de un ratonero. Atrapado en un mundo donde otra ave puede ser un peligroso enemigo. Atrapado en un mundo donde debo matar para comer. Y no como los humanos, que contratan a alguien para que saque la sangre, parta los huesos y meta la carne en higiénicos paquetes de plástico para exponerlos en el supermercado.

Yo debo matar a los animales que me como. Tengo que lanzarme sobre ellos y hundir mis afiladas garras en la cabeza, en el cuello. Tengo que notar que su corazón se detiene cuando...cuando yo ya he empezado a comer.

Eso es lo que ahora significa el nombre de Tobias para este Tobias, para esta extraña y única criatura.

¡Un movimiento!

El sutil destello de una brizna de hierba. Miré a mi oponente. Él no se había dado cuenta.

La presa era mía.

Abrí las alas y eché a volar sobre las flores y la hierba seca. Vi una mancha marrón. Era un pequeño conejo. Yo estaba absolutamente concentrado, como electrificado.

Todo sucedió en segundos.

Giré las alas, cambié el ángulo de ataque, moví la cola para apuntar bien y me lancé con las garras abiertas sobre la cría de conejo.

¡Él ni siquiera me vio!

Su madre sí, pero estaba a un metro de distancia. Demasiado lejos.

En unos segundos mis garras se cerrarían...

<¡Aaaaaah!>

De pronto estaba asustado, indefenso, petrificado de terror. Encima de mí unas alas taparon el sol. Unas garras enormes, monstruosas, bajaban sobre mí como caídas del cielo. Grité de miedo. Caí al suelo con el pico. Era un halcón otra vez. Pero había caído y había perdido mi presa.

Aleteé como loco, intenté volar, pero...

¡PLAAF!

Dos fuertes patas de conejo me golpearon la cabeza con tal fuerza que casi perdí el sentido

Tenía polvo en los ojos. Pestañeé frenético, aterrorizado. La cría de conejo se alejaba. Su madre se interponía entre él y yo. El conejo adulto me miró con su ojo perfectamente redondo, moviendo la boca, agitando las orejas.

Pero no vio una segunda sombra. Una sombra que se le acercó por detrás, cayó sobre ella, abrió las garras y se alejó llevándose a su cría a una muerte segura.

2

Todavía tenía hambre. Y además estaba aturdido. No era la primera vez que tenía una experiencia cómo aquella. Todo había comenzado hacía un par de semanas. Extraños flashes que eran como soñar despierto. Igual me lanzaba contra una presa y en el último momento sentía que mi mente se convertía en la de mi víctima.

Al menos ésa era mi impresión. Ya sé que parece una locura. Claro que en mi caso, ¿cómo se puede hablar de locura o cordura?

A veces me pregunto incluso si no estaré chiflado del todo. Quizá soy un loco encerrado en un manicomio, imaginándome que soy un halcón. Tal vez tengo puesta una camisa de fuerza, o me encuentro en una habitación acolchada en un pasillo lleno de chiflados que se creen que son Napoleón o George Washington o un ratonero de cola roja.

¿Cómo puedo saberlo? ¿Saben los locos que están locos? ¿Se dan cuenta de que sus imaginaciones no son reales?

Abandoné la caza del conejo. Pero aquella impresión imborrable de ser la presa en lugar del depredador me nublaba la mente. A pesar del sol de la mañana que provocaba corrientes de aire caliente, me sentía como volando entre sombras.

Todavía era temprano. La urbanización que tenía debajo estaba tranquila. La gente se metía en los coches para ir al trabajo. Los niños se esperaban el autobús. Algunos charlaban o jugaban. La mayoría estaban medio dormidos.

Volé sobre ellos, ignorado por todos. Y entonces lo vi. Estaba fresco, eso lo noté enseguida.

Un mapache, con las patas traseras aplastadas por una rueda de coche.

Carroña.

Pero era fresca. El animal no llevaba muerto más de una hora. La carne aún estaría caliente, sobre todo en un día tan cálido cómo aquél. Pero los gusanos todavía no habrían crecido. Todavía no.

Volé en círculos sobre él.

Si todavía respirara... Qué tontería, ¿verdad? De alguna forma consideras que está bien matar a un animal para comértelo, y sin embargo está mal comértelo si no lo has matado tú.

La verdad es que yo ya había visto halcones devorar animales muertos. Halcones débiles, viejos. Halcones desafortunados. Pasa de vez en cuándo.

Pero a mí no me había pasado nunca.

Volaba cada vez más bajo. La carne era fresca y yo tenía hambre. Mi hambre discutió conmigo, y era muy convincente. De modo que al final bajé, tan deprisa como si fuera a matar. Tal vez quería fingir que era así.

Aterricé en la carretera y miré en torno a mí. No venía ningún coche. Deprisa,

furtivamente, hundí el pico en el vientre de mapache y comencé a comer.

Sí, todavía estaba caliente. Desgarraba trozos de carne y me los tragaba.

—¿Tobias?

Giré con brusquedad la cabeza, aunque ya había reconocido la voz.

¿Rachel? ¡No! ¡Dios mío, no!

Llevaba los libros debajo del brazo. Rachel sería hermosa entre el barro o bajo el granizo. Pero en un día soleado como aquél, me estremecía el corazón.

Ella me miró. Estaba avergonzada por mí. Quería decir algo, pero no supo qué. Sentía humillación. ¿Qué podía hacer yo?

Aleteé y eché a volar. Tal vez ella creyera que se trataba de un halcón cualquiera. Tal vez. O por lo menos podía fingir creerlo.

Mientras volaba me tragué el trozo de hígado de mapache que todavía llevaba en el pico.

3

Volví a ver a Rachel dos días después. Yo ya había estado hablando con Jake, para ver si había pasado algo. Pero no había ninguna misión. Todos habíamos trabajado mucho últimamente, con el espantoso asunto de David, el primer nuevo animorph.

David había terminado como yo, convertido en lo que los andalitas llaman un *nothlit*, una persona atrapada en una metamorfosis. Pero David había quedado prisionero en el cuerpo de una rata. Él no volaría. Él era una presa.

Y, al contrario que yo, David nunca recuperaría los poderes mórficos.

Jake me había dicho que, aunque no había ninguna misión en perspectiva, Rachel quería hablar conmigo. Por lo visto era importante, de modo que esa misma noche volé hasta la casa de Rachel, en cuanto vi que sus hermanas y su madre habían apagado las luces en sus habitaciones.

Rachel había dejado una ventana abierta, como solía hacer a menudo. Muchas veces me presentaba en su casa para hacerle los deberes. No me podéis preguntar por qué. Supongo que es un extraño deseo de seguir en contacto con mi antigua vida.

Pero como os contaba, entré en silencio por la ventana, con la agilidad que da la práctica, y aterricé en su mesa. Ella estaba sentada en la oscuridad, leyendo a la luz de una de ésas lamparitas de libros.

—Hola, Tobias —susurró.

<Hola, Rachel. Escucha lo del otro día...>

—Ha pasado una cosa —me interrumpió ella

<¿Qué?>

—Alguien ha estado preguntando por ti.

El corazón me dio como catorce brincos. Cuando por fin recuperó su latido normal, casi no podía ni respirar.

<¿Cómo que han estado preguntando por mí?>

Rachel salió de la cama. Llevaba una especie de suéter deportivo muy largo. Supongo que lo usaba como pijama. No reconocí los colores del equipo ni el número.

La verdad es que nunca me han interesado mucho los deportes, y ahora todavía menos.

Rachel encendió la lámpara de la mesilla y se acercó a mí.

—Era un abogado. Dice que era el abogado de tu padre y que también representa a una tal Aria, que por lo visto es tu prima.

<¿Aria? ¿No es eso lo que se canta en la ópera?>

Rachel se encogió de hombros con ese gesto impaciente que tiene ella, que es como si te dijera «¿Tú eres tonto o qué? ¡Atiende!».

—¿Qué más da lo que signifique el nombre?

<¿Mi prima, dices? ¿De quién es familia? Quiero decir, ¿quiénes son sus padres?>

>

—¿Qué te crees, que la sometí a un interrogatorio?

Yo me eché a reír. No sé por qué, pero cuándo Rachel se pone de mal humor me hace mucha gracia.

—De todo esto me he enterado por Chapman.

De pronto se me pasó la risa. Chapman es el subdirector del colegio al que yo iba. Es también un controlado de alto rango. Un humano totalmente esclavizado por el yeerk que tiene en la cabeza.

<¿Chapman? —pregunté—. ¿Y él cómo lo ha sabido? ¿A ti te ha preguntado algo en concreto?>

Rachel movió la cabeza y su largo pelo rubio le barrió los hombros.

—No. Es que le oí por casualidad preguntarle a su hija Melissa si ella sabía algo de Tobias.

<No me creo nada>

—Nadie se cree nada. Marco está paranoico del todo. Pero a mí me sonó real. Tal vez Chapman sabe más de lo que parece, pero a mí no me dio la impresión de que estuviera interesado en mí.

<A pesar de todo, esto me huele fatal. Marco tiene razón en estar paranoico.>

Rachel se echó a reír.

—Desde luego. Chapman dijo algo como: «Hace meses que Tobias no viene al colegio. Le he llamado a su última dirección y su tutor dice que él creía que estaba con su otra tía».

<Sí, ya. Mi familia es así>, contesté, intentando aparentar buen humor. Mis padres seguramente están muertos. Yo solía andar rebotando entre mi tío y mi tía. Él era un borracho, y ella simplemente pasaba de mí.

Nadie me quería. No lo digo para dar pena, si no por que es verdad. Supongo que tampoco se les puede reprochar. Quiero decir que ellos no pidieron tener un chico en casa así, de repente. Cuando desaparecí me imagino que ninguno de los dos puso demasiado empeño en encontrarme.

—Mira, yo sé dónde se aloja ese abogado —prosiguió Rachel—. Jake ha dicho que todos estamos disponibles para echar un vistazo a este asunto.

<Tiene que ser una trampa —afirmé—. ¿El abogado de mi padre? No tiene sentido. Cuándo mi madre desapareció y mi padre murió, no había ningún testamento ni nada de eso.>

—No sé qué decirte.

<O sea, que el abogado de mi padre, ¿no? Y una tal Aria que se supone que es mi prima. Es una trampa, seguro. Alguien a debido de averiguar quién soy.>

Rachel asintió con la cabeza, pero no estaba del todo de acuerdo con migo.

—Tal vez. Es probable. Pero se ve que esa mujer ha estado en África todo este

tiempo. Acaba de volver y ha visto que nadie sabe dónde estás. Supongo que fue ella quién se puso en contacto con el abogado y con Chapman, para reclamarte.

<¿Reclamarme?>

—Para darte un hogar, Tobias. Un hogar.

El abogado se llamaba DeGroot. Su despacho no era gran cosa. Estaba en una de esas galerías comerciales, con un supermercado en un extremo y una oficina de seguros en el otro.

No parecía el lugar más adecuado para tender una trampa. Pero es lo que tienen las trampas: si parecieran trampas no serían muy efectivas.

Y el sitio ofrecía un gran problema para nosotros: no había dónde esconder ningún cuerpo grande. No podríamos ocultar el tigre de Jake o el oso pardo de Rachel.

Detrás del edificio había un contenedor de basuras. El hueco que quedaba entre el contenedor y la pared era oscuro, un buen escondrijo para transformarme.

Pero yo vacilaba, flotando sobre el edificio en las estupendas corrientes de aire creadas por el sol y el asfalto. Por la ventana del despacho del abogado veía a una secretaria, unas revistas viejas en la sala de espera... Pero ni rastro de DeGroot.

No importaba. Las caras tampoco dicen gran cosa. Sobre todo cuando lo más importante acerca de la persona es el gusano que se esconde en su cerebro. Miré en torno a mí y vi a algunos de mis amigos. Jake y Cassie estaban sentados en los bancos frente al Taco Bell. Jake estaba comiendo nachos y mirándome. Yo giré un poco, como para saludar, y él levantó un nacho, como si hiciera un brindis.

Marco salía en ese momento del supermercado con un vaso de refresco, tan grande que yo me podía haber dado un baño en él. Fingió encontrarse de pronto con Ax (que tenía su forma humana, por supuesto), y se acercó a saludarle.

A Rachel no se la veía, pero yo sabía que estaba en la lavandería junto al despacho del abogado. Ella era mi primer refuerzo. Si yo gritaba pidiendo ayuda, se metería en los servicios de lavandería para transformarse en oso y saldría a través de la pared para salvarme. ¡Pobre del que estuviera usando los servicios si Rachel los llegara a necesitar!

Todos estaban en sus puestos. Todo estaba listo.

Aún así, vacilé. No porque la situación me preocupara, ni por que tuviera miedo (es muy tranquilizador saber que uno cuenta con un oso pardo para defenderle). No, lo que pasa es que estaba nervioso. No sabía que iba a descubrir, qué iba a averiguar, a qué tentaciones tendría que enfrentarme.

Una palabra curiosa: «tentaciones». Un concepto muy raro. Pero eso era lo que más me preocupaba: la tentación.

«Muy bien, Tobias —me dije—. Todos se van a dar cuenta de qué estás perdiendo el tiempo. Vamos de una vez».

Bajé hacia el tejado de la galería y me metí deprisa en el hueco detrás del contenedor. Un sitio precioso: latas de cerveza, bolsas de patatas vacías, papeles de

caramelos, colillas...

En cuánto me posé en el sucio suelo empecé a transformarme.

Tiene gracia, ¿sabéis?, porque cuándo Jake o los demás se convierten en personas, lo que hacen es recuperar su propio cuerpo. Pero para mí la persona no es más que otro animal en que puedo convertirme. El ADN humano corre por mis venas. Mi propio ADN, gracias al trabajo de una criatura poderosísima llamada el ellimista.

En una de nuestras primeras misiones me quedé atrapado en el cuerpo de halcón, que llegué a considerar mío. Unos meses más tarde, colaboré con el ellimista para ayudar a escapar a unos cuantos hork-bajir libres. El ellimista me pagó por mis servicios, pero como pasa siempre con esta criatura indescifrable, hubo una complicación.

Yo le había pedido lo que más deseaba. Había pensado que me convertiría en humano otra vez. Pero no. Lo que hizo fue dejarme convertido en halcón, pero devolviéndome mis poderes mórficos. Y manipulando también el tiempo, me hizo enfrentarme con mi yo del pasado y adquirí así mi propio ADN. De esta forma podría volver a ser como antes, aunque sólo durante dos horas, y conservar mis poderes mórficos. O también podría conservar la forma humana durante más de dos horas, y perder para siempre mi capacidad de transformación.

La raza de Ax, los andalitas, saben muy poco sobre la raza llamada «ellimista». De hecho nadie sabe con seguridad si sólo existe un ellimista, o si por el contrario son muchos.

Los andalitas dicen de todo sobre los ellimistas. Los consideran embaucadores, criatura de poco fiar que utilizan sus poderes de forma impredecible.

En fin, el caso es que el ellimista me engañó. Me obligó a tomar una decisión imposible: convertirme en humano y dejar de ser animorph, o vivir como vivo ahora.

Todo esto me vino a la cabeza mientras intentaba concentrarme en mi metamorfosis. Sentí de nuevo resentimiento hacia el ellimista, pero sobretodo lamenté mi propia indecisión.

Despacio al principio, porque estaba un poco distraído, y luego más deprisa, mi cuerpo empezó a cambiar. Me hice más alto. Mis afiladas garras se transformaron en dedos rosados. Mis patas correosas salieron de su envoltorio de plumas y se hicieron más gruesas. Mis huesos se estiraron, cada vez más sólidos.

Mis órganos internos se agitaban y cambiaban. Era una sensación de hormigueo que casi daba náuseas. Lo cual es comprensible, teniendo en cuenta la extraña transformación que sucedía en mi interior.

Los huesos de las alas se hicieron cada vez más pesados. De las garras comenzaron a surgir dedos, al tiempo que las plumas de mi cuerpo se rizaban y desaparecían para dar paso a una piel rosada y a la poca ropa que había logrado

incorporar a la metamorfosis.

El pico se fue convirtiendo en labios. En la boca brotaron los dientes con unos crujidos que resonaron en mi cráneo.

Cada vez oía peor. La vista también disminuyó, como si lo que pasaba a más de diez metros de distancia perdiera importancia. Mis ojos no enfocaban de forma natural de las cosas lejanas.

Me sentí desnudo sin mis plumas. Me sentí sordo y ciego. Era como si alguien manipulara los botones de «brillo» y «contraste» de una tele vieja, para luego bajar el volumen a la mitad.

Los sentidos humanos funcionan bien para los humanos. Pero comparados con un halcón, los seres humanos son sordos y ciegos.

Lo peor de todo era la fuerza de la gravedad. No es que los halcones no la sientan, es que no es tan... poderosa cuando uno tiene alas. Era como si estuviera hecho de hierro y la tierra fuera un potente imán.

Habíamos dejado una bolsa de papel con ropa más apropiada detrás del contenedor. Me vestí lo más deprisa posible con mis dedos torpes. De todas formas, hasta cuando son torpes los dedos son una maravilla. Ésa sí que es una gran ventaja que tienen las personas sobre los halcones: la mano.

Sí, el cerebro de los hombres es el mejor que existe, pero sin la mano no sería nada. Inspeccioné mi ropa, me miré los zapatos, me pasé la lengua por la boca notando aquellos extraños dientes duros.

—Hola —dije para probar mi voz—. Hola, hola. Me llamo Tobias.

—Hola. Me llamo Tobias...

Vacilé. La secretaria me miraba escéptica. Como si fuera a pedirle una moneda para la máquina de marcianos del bar.

—Me llamo Tobias. —También le dije mi apellido. Me sonó muy raro, porque apenas lo recordaba. Era como usar un seudónimo—. Creo que el señor DeGroot quería hablar conmigo.

La secretaria parecía perpleja. En la placa de su mesa ponía «Ingrid».

—Se pronuncia «degroot».

—Ah.

—Voy a consultarle.—Descolgó el auricular del teléfono y pulsó un botón—. Señor DeGroot, aquí hay un chico que se llama Tobias... Sí... Dice que... Muy bien. —Mientras colgaba volvió a mirarme—. Ya puedes pasar. Es aquella puerta.

Inspeccioné la puerta. Bien. El despacho del abogado daba por detrás a la lavandería. Si yo gritaba Rachel tardaría unos tres minutos en transformarse y atravesar la pared.

Pero tres minutos es mucho tiempo cuando uno no puede ni volar.

Abrí con el pomo. Sí, las manos humanas eran estupendas. Siendo pájaro me habría quedado totalmente bloqueado ante la puerta.

DeGroot era más joven de lo que esperaba. Debía de tener poco más de treinta años. Llevaba una camisa blanca con tirantes rojos. Su chaqueta colgaba de un asilla. Se levantó de un brinco y sonrió:

—Así que tú eres Tobias.

—Sí.

Me miró de arriba abajo, y yo a él también.

—Te he estado buscando, Tobias. Siéntate. ¿Quieres un vaso de agua? ¿Un refresco? ¿Un café? No, supongo que a tu edad no beberás café. ¿Un refresco, entonces? Tenemos Coca-Cola y puede ser que algo de naranja. Voy a preguntarle a Ingrid.

Si se estaba preparando para sacar una pistola y pegarme un tiro, o esperaba que Visser Tres apareciera de pronto por la puerta, la verdad es que lo disimulaba de maravilla.

Yo me relajé un poco. Pero estaba confuso. ¿Agua? ¿Café? ¿Un refresco? ¿Cuál era la respuesta correcta?

—Pues...eh... —¡Por Dios! ¡Cómo si fuera una decisión de vida o muerte! Había perdido mucha práctica en ser humano—. ¡Una Coca! —exclamé por fin, casi gritando.

DeGroot pulsó el intercomunicador.

—Ingrid, nuestro amigo quiere...

—Una coca. Sí, ya lo he oído desde aquí.

El abogado y yo nos quedamos mirando hasta que llegó el refresco. Tomé la lata con timidez y me la llevé al pico. A los labios, quiero decir.

Hacía mucho tiempo que no probaba el azúcar. Estuve a punto de echarme a reír. Era como Ax cuando asume un cuerpo humano.

¡El sabor del azúcar era increíble! ¡Y la Coca estaba fría! Hacía mucho tiempo que no me llevaba a la boca nada frío.

—Tobias, ¿dónde estás viviendo ahora? Cada uno de tus tutores piensa que estás con el otro.

Era una pregunta que no me hacía ninguna gracia.

—Me sé cuidar yo solo.

DeGroot sonrió.

—Seguro que sí. Pero eres menor de edad. No es legal que vivas solo.

—Usted no puede meterme en la cárcel —dije.

Lo cual era del todo cierto. Una ventaja de ser animorph: ninguna casa, edificio, escuela o prisión podría retenerme.

El abogado se mostró apenado.

—No es eso lo que estoy diciendo.

—Muy bien, ¿qué está diciendo entonces?

Aquello pareció dejarle un poco de piedra. Es curioso, había en mi algo agresivo que nunca había tenido cuando era humano. Entonces era siempre víctima de todos los matones.

—Verás, el caso es que represento a tu padre.

—Mi padre está muerto.

—Tobias... —DeGroot se apoyó sobre la mesa—. Tu padre, el que murió, tal vez no era tu auténtico padre.

—¿Qué?

—Tengo aquí un documento... Mira, es una situación muy extraña. Voy a ser sincero contigo. Mi padre llevaba este despacho. También él murió. Pero dejó este documento entre los demás papeles de sus clientes. El caso es que con este documento había también instrucciones específicas, muy concretas. El día de tu próximo cumpleaños tenía que leerse ante ti la última voluntad de tu padre, siempre que fuera humanamente posible.

No supe qué decir. Si se trataba de una trampa, era una trampa bien rara.

—¿Estás bien? No pareces sorprendido.

Era verdad: se me había olvidado mostrar expresiones faciales. Es algo que no tengo que hacer cuando soy halcón.

—Si que estoy sorprendido —repliqué, haciendo una mueca que esperaba que

fuera de sorpresa. Pero entonces se me ocurrió que me enfrentaba a un nuevo problema: el abogado había dicho que me leería el documento el día de mi cumpleaños.

¿Cuándo era mi cumpleaños? ¡No podía preguntárselo a él!

—Pero ha surgido una nueva complicación. Ha aparecido una mujer, Aria, que dice que es tu prima. La hija de tu tía abuela. Por lo visto acaba de enterarse de tu situación. Es una fotógrafa muy famosa, y ha estado mucho tiempo trabajando en África. Quiere ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque sois parientes. Quiere ayudarte.

—Ah

—Le gustaría verte mañana en su hotel, si te parece bien. Es el «Hyatt», en el centro. ¿Lo conoces?

Podría haber dicho que sí, que conozco bien su tejado. En un nicho de la torre de la radio tiene su nido un halcón peregrino. Y las corrientes térmicas son estupendas, porque el aire caliente de la calle sube por la cara sur del edificio, y la superficie acristalada lo calienta todavía más.

Pero lo que dije fue:

—Sí, ya sé dónde está.

—Aria está muy preocupada por ti.

—Ya.

—¿Necesitas dinero o algún sitio donde pasar la noche?

—No, estoy bien.

DeGroot se encogió de hombros con expresión dubitativa.

—Parece que tienes buena salud. Y vas bien vestido...

Casi me eché a reír. Rachel había elegido mi guardarropa. Iba vestido con un maniquí.

—Me va bien. ¿Cuándo decía usted que va a leer el documento?

—El día de tu cumpleaños.

—Ah, vale.

6

Mi cumpleaños. ¿Cuándo era mi cumpleaños? ¿Ese mismo mes? ¿En qué mes estábamos?

Al salir del despacho me metí en el supermercado. Ax y Marco hicieron como que no me veían. Ax tenía la cara toda manchada de algo que sin duda debía de ser chocolate.

Yo ni siquiera los miré. No hice ni una señal, ni un guiño, nada. Si nos estaban siguiendo, el menor desliz nos podía delatar.

Si yo quería dar la señal de «peligro» tenía que ir a la vitrina de los donuts y mirar dentro. Si quería decir que todo iba bien, tenía que tomar una chocolatina y volverla a dejar en su sitio.

Así que me puse a jugar con la chocolatina, hasta que el empleado del mostrador me dijo:

—¿La vas a comprar o no?

Ax y Marco se marcharon. Yo fui al estante de los periódicos para mirar la fecha. Sí, era el mes de mi cumpleaños. Era el día veintidós.

Mi cumpleaños era... ¡el veinticinco! Sí, eso era. Probablemente.

Una vez que Marco y Ax desaparecieron salí yo. Parpadeé al sol y estuve a punto de batir las alas.

¡Mi padre! ¿Que mi padre no era mi padre?, ¿que tenía algún padre «auténtico» en algún sitio? ¿Qué también estaba muerto?

Muchas casualidades. Y ahora de pronto aparecía una prima lejana, justo cuando estaban a punto de abrir el testamento de mi «padre».

Sí, demasiada casualidad.

Eché a andar en dirección a un parque cercano, donde me transformaría en un sitio que habíamos convenido con anterioridad. Cuando estaba a medio camino, oí la voz telepática de Jake:

<Creo que te están siguiendo. Es un hombre corpulento con traje de chaqueta.>

Jake debía de estar por el cielo, volando.

Ya habíamos previsto esa posibilidad. Al otro lado de la calle había una hamburguesería y seguí corriendo hacia el servicio, antes de que el hombre que me seguía pudiera verme. Luego giré rápidamente a la izquierda, pasé de largo los servicios y me metí en la cocina.

Los camareros y camareras corrían de un lado a otro empujándose, riéndose, gritando. Los cocineros trasteaban con las sartenes. Me abrí paso entre ellos buscando la puerta trasera.

—Oye, si buscas los servicios... —gritó alguien.

En cuanto salí por detrás del establecimiento eché a correr. Era una calle

residencial de casas pequeñas. Me metí por un callejón y giré a la derecha otra vez para ir de nuevo en dirección al parque.

No estaba muy preocupado. Quizás alguien había pensado que podía seguirme sin que yo lo notara. Pero había ojos en el cielo vigilando por mí.

<Lo has despistado>, informó Jake.

Por fin llegué al parque, Había unos servicios cubiertos pero bastante abiertos, de esos que tienen un techo pero las paredes no suben hasta arriba, ya sabéis.

Me metí en un retrete vacío.

<Tobias, ya no hay moros en la costa>, dijo Cassie.

Era el momento de transformarme. Volví a ser un halcón. Salí volando de los servicios y me elevé en el cielo azul.

Sólo entonces me di realmente cuenta de lo que pasaba: alguien me quería. Familia. Alguien quería cuidar de mí.

A menos, por supuesto, que lo que realmente quisieran fuera conocer mis secretos...

Y luego matarme.

Debería haberme reunido con los demás, porque ése era el plan. Pero en cuanto estuve de nuevo en el aire, ya no tuve ganas. No quería ponerme a explicárselo todo. Supongo que tampoco tenía ganas de enfrentarme a la actitud esperanzada de Cassie, al preocupación de Rachel y el escepticismo de Marco.

No quería que lo analizarán todo, que lo diseccionaran todo en pedazos. Ya sabía cómo sería repetir todo, palabra por palabra, gesto por gesto, expresión por expresión. Cassie tiene una capacidad increíble para comprender a la gente y sus motivaciones. Cassie querría comprender todo lo posible sobre DeGroot.

Marco sería diferente. Él apenas escucharía y luego se pondría a recitar todos los posibles problemas e inconsistencias.

Rachel caminaría inquieta de un lado a otro, enfadada, buscando alguna forma de protegerme, queriendo entrar en acción.

Jake escucharía con atención y juzgaría el problema.

Yo no quería que mis amigos pensarán por mí. No quería que ellos decidieran mis sentimientos. Quería hacerlo yo solo.

Aquél era mi problema, mi esperanza, mi decisión.

Estuve volando un buen rato, en círculos cada vez más altos, dejando que las corrientes térmicas me elevaran sin esfuerzo entre las nubes.

Más abajo hacía un halcón. Yo sabía que era Jake. Y un aguilucho, que sería Cassie. Los dos me vieron. Jake podría haberme alcanzado fácilmente, pero me dejaron en paz. Supongo que sabían que tenía que pensar.

Seguí ascendiendo en círculos hasta que noté las nubes justo encima de mí. Entonces transformé la latitud en distancia y me dirigí hacia el bosque, a un lugar muy concreto.

Ya había estado allí dos veces. Una cuando el ellimista nos enseñó el camino, y otra cuando fui para oír una historia increíble. Pero aunque era la tercera vez, aunque sabía perfectamente dónde estaba, a pesar de mi visión de halcón y de mi sentido innato de la orientación, me costó muchísimo encontrarlo.

Creo que era un hechizo. El ellimista había lanzado un hechizo sobre aquel lugar, de modo que era casi imposible encontrarlo. La vista lo pasaba por alto, las plumas no sentían la brisa que surgía de él, los oídos no captaban ningún sonido.

Era el valle de los hork-bajir. Los hork-bajir libres.

Jara Hamee y Ket Halpak eran una pareja que había escapado de sus amos yeerks. ¿Hasta qué punto había intervenido en ello el ellimista? Bueno, él diría que nunca interviene en los asuntos de otras especies. Pero él y nosotros habíamos contribuido a que no volvieran a capturarlos. Desde entonces se escondían en aquel valle.

Su grupo había aumentado. Otros fugitivos se habían unido a ellos, y algunos

habían nacido en libertad.

Hacia allí volaba ahora. Al valle de los hork-bajir.

La última vez que había ido allí los había sorprendido a todos. Esta vez fue diferente. Esta vez, mientras volaba sobre la estrecha entrada del valle, vi que unos veinte hork-bajir estaban mirando al cielo, esperando.

Cuando me vieron, me señalaron y empezaron a saludar. Yo creí reconocer a Jara y Ket. Entre ellos estaba su hija, llamada Toby. Le habían puesto el nombre por mí. Era lo que los hork-bajir llaman un «vidente».

Los hork-bajir no son precisamente los genios de la galaxia. Es verdad que parecen la muerte y la destrucción con dos patas, pero lo cierto es que las cuchillas que adornan sus cuerpos de dos metros están diseñadas para arrancar la corteza comestible de los árboles.

Claro que sus amos yeerks no las utilizan para eso. Los yeerks han convertido a los hork-bajir en sus tropas de asalto.

En cualquier caso, ya sean temibles o encantadores, los hork-bajir no son intelectuales. Excepto por las muy escasas anomalías genéticas que ellos llaman «videntes».

No me costó trabajo distinguir a Toby entre el grupo de hork-bajir. La habría visto incluso si no la conociera. Los demás tenían la expresión atontada e inexpresiva de los *Teletubbies*. Pero Toby tenía unos ojos que parecían atravesarte y te daba la sensación de tener toda la mente al descubierto.

—¡Tobias! —exclamó Jara Hamee contentísima—. ¡Amigo Tobias! ¡Amigo!

<Hola, Jara. Hola, Ket. Hola, Toby.>

—Toby dijo que vendrías —dijo Ket asintiendo con enorme satisfacción—. Toby dijo que Tobias vendría.

—Sí —convino Jara—. Toby dijo que el amigo Tobias vendría.

—Y estás aquí —concluyó Ket.

Como ya he dicho, los hork-bajir son gente amable, honrada, dulce y generosa, pero un poco cortos de entendederas. Si Marco se pasara un día con los hork-bajir, acabaría por volverse loco y saldría corriendo en busca de alguien que pudiera entender un chiste.

Me posé en una rama, muy cerca de las extrañas cuchillas de sus cabezas.

<¿Por qué me esperabais?>

—Te necesitamos, Tobias —dijo Toby.

Yo suspiré para mis adentros. No quería que me necesitaran. Quería un poco de paz y tranquilidad, y tiempo para pensar.

Pero mis sentimientos se evaporaron al instante, en cuanto Toby me explicó lo que pasaba.

—Uno de los niños, un macho llamado Bek, ha desaparecido. Se ha marchado del

valle. Tememos que haya sido capturado por humanos o por controladores humanos. Quizá le hayan hecho daño, lo hayan matado o, lo que es peor, lo hayan convertido en controlador.

La otra vez que me sentí deprimido y fui al valle de los Hork-bajir, ellos me hicieron sentirme mejor. Al fin y al cabo, los Hork-bajir creen que soy su liberador. Me consideran una especie de George Washington o algo así. Y en esas circunstancias es difícil no sentirse bien.

Pero era evidente que esta visita sería distinta.

<¿Habéis buscado en todo el valle?>, pregunté.

—Sí. Buscado —le contestó Jara—. Mirado mucho, muchísimo.

—Gritado: «¡Bek, Bek!»—añadió otro Hork-bajir.

—¡Bek, Bek! —confirmó Ket.

—Bek no está en el valle —aseguró Toby—. Yo...Encontramos unas huellas que salían del valle, del tamaño de un Hork-bajir de su edad.

En ese momento dije varias palabras que no puedo repetir. Jara Hamee preguntó qué significaban.

<Nada, nada>, contesté.

Era increíble. ¡Un niño Hork-bajir desaparecido! Vagando solo por los bosques. O peor aún: acompañado.

<¿Cuánto tiempo hace que desapareció?>

—Desde ayer a esta hora —contestó Toby.

<¡Madre mía! Tengo que ponerme en contacto con los demás. Comenzaremos a buscarlo. Pero no creo que tengamos muchas posibilidades.—De pronto se me ocurrió algo—.¿Creéis que Bek podría guiar a alguien hasta aquí? ¿Sería capaz de encontrar el camino de vuelta? El Ellimista ha arrojado una especie de hechizo sobre este lugar.>

—No —respondió Toby con recelo—. Bek no sabría volver. Pero nosotros podemos encontrar el camino de vuelta.

Yo me la quedé mirando.

<¿Qué quieres decir?¿Habéis salido del valle?>

—Sí. ¿Cómo si no íbamos a encontrar a nuestros hermanos y hermanas? —dijo Toby, señalando al grupo con el brazo—. ¿Cómo habrían podido liberarse estos Hork-bajir?

<Yo... No sé, creía que era cosa del Ellimista.>

Toby me dedicó la terrible sonrisa de los Hork-bajir.

—Fuimos nosotros. Salimos por las noches y asaltamos los lugares donde sabemos que hay Hork-bajir.

<¿La piscina Yeerk?>, pregunté incrédulo.

Toby bajó la vista.

—Tobias, tenemos una gran deuda contigo.

—La libertad —dijo solemne Ket Halpak—. Hork-bajir libres. Tobias hace libres.
<¿Pero?>, pregunté sarcástico.

—Pero... pero el lugar donde liberamos a los Hork-bajir es una instalación Yeerk secreta que están construyendo. No en tu ciudad, sino en la ciudad humana más allá del extremo de este valle.

»Tobias... es muy importante que sigamos liberando a nuestros hermanos. Somos muy pocos, y debemos ser muchos. Para combatir a los yeerks. Además...

—Toby no terminó la frase.

<¡Increíble! —exclamé—. Vosotros los «videntes» sois realmente otra raza, ¿verdad? Os estáis preparando para el día que los yeerks se marchen, ¿no? Necesitáis ser bastantes para que los humanos no os metan a todos en un zoológico.>

Toby parecía muy orgullosa.

—Los Hork-bajir confiaban en que los andalitas nos salvarían de los yeerks. Los andalitas fracasaron. Ellos se cuidaron de su propia especie. Nosotros debemos hacer lo mismo. Estamos muy agradecidos a los humanos llamados animorphs. Pero ¿Tú crees que deberíamos confiar en todos los humanos?

La verdad es que tenía razón. Si derrotábamos a los yeerks y aquellos Hork-bajir se quedaban en la Tierra, ¿qué les pasaría? Los humanos no tienen precisamente muy buena reputación por su tolerancia hacia diferentes razas. Al fin y al cabo, antes de que aquel valle perteneciera a los Hork-bajir, probablemente había estado habitado por los nativos americanos.

<O sea, que a ti te preocupa que sepamos dónde está esa instalación secreta de los yeerks, porque mis amigos y yo podríamos atacarla, ¿no es eso?>

—Sí

<¿Tú crees que Bek podría estar allí?>

—No lo sabemos. Puede haber seguido los rastros de olor dejados por nuestros grupos de ataque —contestó Toby, algo dudosa—. Es posible. Pero Bek no salió por ese extremo del valle.

<Ah, bien. Perfecto. ¿Sabes una cosa? Yo había venido al valle buscando un poco de paz.>

Toby sonrió

—Si me prometes no destruir la instalación, te enseñaré cómo llegar a ella.

Yo suspiré.

<Tengo que hablar con Jake y los demás. Jake querrá atacar, seguramente.>

Toby fue a decir algo, pero yo la interrumpí.

<Pero tienes mi palabra de que no haremos nada sin tu aprobación. Yo hablaré con Jake. Mientras tanto, buscaremos a Bek en otra parte. Tenéis que estar preparados por si yo vuelvo, porque eso significará que os necesito.>

Entonces Jara se adelantó. Toby era el cerebro, pero Jara y Ket eran el corazón de

aquella pequeña comunidad. Jara extendió su peligrosa garra y yo me posé en ella. Entonces me alzó ante su cara de duende y me dijo:

—Tobias pide a los Hork-bajir, los Hork-bajir dan. Siempre. Lo que sea. Incluso la vida. Jara Hamee nunca olvida.

Toby asintió.

En fin, ¿qué queríais que hiciera? A la gente así hay que salvarla como sea.

La mañana. La pradera.

Mi pradera.

El otro halcón volaba en círculos, mirando hacia abajo, buscando el desayuno. Pero me vio a mí.

Yo lo sabía, porque si nos hubiéramos cambiado de lugar, yo le habría visto a él.

Se preguntaba por qué...No, no era eso. No se preguntaba nada. Era un ratonero de cola roja, y los ratoneros no se plantean nada. La pregunta «¿por qué?» es exclusiva de los humanos. Bueno, por lo menos en la Tierra. Sólo el *homo sapiens* se pregunta por qué. El *Buteo jamaicensis*, es decir, el ratonero de cola roja, no se hace preguntas.

El halcón me vio. Sabía que yo era una amenaza. Vigilaba, esperaba mi ataque. Cuando yo atacara, él respondería. Si yo no atacaba, él se lanzaría contra mí. Sería una pelea de mentira: faroles, amenazas, hasta ver quién huía primero. Pero también podía terminar en una lucha muy real. De pronto el halcón se lanzó sobre una presa. Unos segundos después volvió a elevarse. Tenía las garras vacías. Había fallado.

No había bastantes presas en la pradera para los dos. Uno de nosotros tenía que marcharse, o los dos pasaríamos hambre.

Al cabo de un instante vi un movimiento en la hierba. Un conejo salía de su madriguera. Todos tenemos que comer. Los conejos también.

Mi oponente estaba demasiado lejos. Abrí las alas y salí planeando de las sombras. Esta vez atraparía a uno de los conejos. Esta vez mis garras se clavarían en un animal vivo. Esta vez el conejo moriría para que yo pudiera vivir.

¡Ahí estaban! ¡Sí! La madre y una de las crías. El tamaño adecuado, la presa perfecta. LA cría se movía despacio, inconsciente, a diferencia de su astuta madre.

Yo me acercaba con un planeo perfecto, situado en el punto ciego de la madre. Abrí mis garras, ajusté las alas y la cola a la perfección para interceptar al conejo en su siguiente salto.

¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ataca!

<¡Aaaaah!>

La visión volvió a asaltar mi mente. ¡Yo era el conejo, no el halcón! ¡Vi las garras! ¡Demasiado tarde! Intenté huir, pero el pánico me inmovilizaba. Temblaba de terror. La muerte bajaba del cielo y yo no podía moverme.

<¡Noooo! —grité—.¡Nooooo!>

Me alejé volando y la espantosa visión desapareció. El conejo se acercó brincando a su madre.

<¿Qué me está pasando? —clamé al cielo—. ¿Qué me está pasando?>

—Tú dime una cosa —exclamó Marco, furioso—. ¿Cuándo vamos a tener unas vacaciones? ¡Si hasta Ben-Hur cuando remaba en la galera mientras le daban de latigazos tenía más tiempo libre que nosotros!

Estábamos en el granero de Cassie, al día siguiente. Todos habían vuelto del colegio. Yo estaba en las vigas, como siempre. Desde allí podía ver la casa de Cassie y el camino, y escuchar los ruidos de fuera. Desde allí podía saber si alguien nos vigilaba.

—Nuestras vidas son como juegos de Nintendo —prosiguió Marco, encantado con el sonido de su propia rabia—. Siempre recorriendo algún callejón oscuro con las armas listas, siempre enfrentándonos a un interminable ejercito de enemigos. Por muchos que nos quitemos de encima, siguen llegando más. ¿Cuándo vamos a pulsar el botón de «pausa»? ¿Cuándo termina el juego? ¿Cuándo podremos apagar la pantalla y descansar un rato?

—¿Cuándo vamos a conseguir que te calles? —le interrumpió Rachel—. ¿Cuándo vamos a poder desconectarte a ti? ¡Por Dios, Marco! Hablas como si tuvieras algo mejor que hacer. Antes de convertirnos en animorphs lo único que hacías todo el santo día era pensar a qué chica ibas a incordiar a continuación.

Marco sonrió.

—Y ahora siempre sé a qué chica incordiar —dijo, rodeando a Rachel con el brazo y apoyando la cabeza en su hombro.

Ella se echó a reír y lo apartó de un empujón.

Fue un gesto sin importancia, pero yo sentí una oleada de celos. Los humanos pueden compartir ciertas intimidades que para mí son imposibles. Yo no puedo darle la mano a nadie, ni apoyar la cabeza en ningún hombro.

Tal como esperaba, Cassie me había interrogado a fondo, escuchando atentamente todo lo que conté sobre mi entrevista con DeGroot. Marco había insistido en que aquello era una trampa. Pero luego les di la nueva noticia: un niño Hork-bajir había desaparecido. Entonces fue cuando Marco se puso hecho una fiera.

—Muy bien —dijo Jake—. Están pasando muchas cosas a la vez, y no podemos descuidar ninguna de ellas. Tenemos que descubrir si DeGroot decía la verdad o es un controlador. Lo mismo hay que averiguar de la supuesta prima Aria. Por otra parte hay que encontrar al Hork-bajir perdido. Lleva desaparecido veinticuatro horas, más la noche de ayer, más esta mañana, es decir unas cuarenta y ocho horas.

—No quiero ni pensar lo que le puede estar pasando —suspiró Cassie.

Jake asintió, pero Marco protestó:

—No, un momento. Deberías pensar lo que le está pasando. ¿Cuáles son las posibilidades?

<Supongo que cualquier humano reconocería que el niño Hork-bajir es un alienígena>, terció Ax.

—No, no necesariamente —dijo Cassie.

—La mayoría de la gente no cree que los alienígenas existan —comentó Rachel.

Ax asintió. Era un gesto que había copiado de los humanos.

<Entonces, ¿qué pensaría un humano que es esa criatura?>

—Un niño deforme —supuso Cassie—. Con defectos de nacimiento, o con alguna enfermedad grave.

<Cualquier persona medio decente pensaría en llevarlo al hospital>, afirmé yo.

—O en llamar a una ambulancia —añadió Cassie.

<Una persona menos decente podría decidir pegarle un tiro —proseguí—. O meterlo en una jaula y cobrar entrada para ir a verlo.>

—Ya —dijo Jake—. Marco, busca en Internet por si encuentras algo en las noticias. Tú ayúdale, Ax. Cassie y yo volveremos al valle y nos transformaremos en lobos, a ver si podemos captar el rastro de Bek. Rachel, Tobias y tú encargaos de averiguar si DeGroot y Aria son controladores. Seguidlos, vigiladlos. ¿Cuándo es tu cumpleaños Tobias?

<Pues...¿dentro de unos tres días?>, pregunté.

—Hoy es veintitrés.

<Yo creo que mi cumpleaños es el veinticinco. O igual el veintiséis...>

Marco se echó a reír, pero luego se dio cuenta de que yo no bromeaba.

<La verdad es que no me acuerdo exactamente. No lo sé con seguridad, pero creo que es dentro de unos tres días.>

Me sentía incómodo emparejado con Rachel. Ella me había visto comer carroña. No había dicho nada, ni yo creía que fuera a mencionarlo. Rachel es un poco brusca, pero también bastante sensible.

A pesar de todo, incómodo o no, no pensaba discutir con Jake. Yo tengo mis problemas, y él tiene los suyos. No quería complicar la situación.

Además, ¿qué podía decir? ¿Qué prefería trabajar con Cassie porque ella no me había visto comer carroña?

Rachel asumió su forma de águila. Yo ya la había visto realizar esa metamorfosis muchas veces, pero por alguna razón en esta ocasión me quedé fascinado.

Rachel es muy guapa. Tiene esa belleza que dura toda la vida. Pero la belleza no es importante. Lo que de verdad importa es lo que uno lleva dentro.

Pues bien, ver a Rachel convertirse en águila era como ver su alma surgir al exterior. En su piel aparecieron plumas dibujadas. Su pelo rubio dio paso a las características plumas blancas del águila de cabeza blanca. Los huesos de sus brazos se estrecharon, se ahuecaron y se convirtieron en alas.

Su rostro, que nunca es precisamente dulce o muy amable, se tornó impenetrable e intenso. Sus ojos azules se volvieron marrones y destellaron con el fiero brillo de un ave rapaz. Sus labios se convirtieron en un enorme pico de águila.

Mientras tanto se iba haciendo más pequeña, a pesar de estarse transformando en una de las aves más grandes del mundo.

¿Me resultaba más hermosa porque ahora era un pájaro? No, por supuesto que no. En primer lugar, las águilas y los halcones no se aparean. Y en segundo lugar, su cuerpo de águila es macho.

Pero a veces me parecía que aquel cuerpo le sentaba mejor que el suyo propio. Su cuerpo original era engañoso, porque se parecía en parte a las relucientes imágenes de las revistas. El águila, sin embargo, era más «ella»: fuerte, rápida, inteligente, intensa y peligrosa.

<¿Listo?>, me preguntó.

<Listo.>

Rachel abrió las alas, mucho más grandes que las mías. Yo estoy muy orgulloso de ser un ratonero de cola roja, pero no cabe duda de que un águila de cabeza blanca llama muchísimo más la atención. Cuando uno ve un halcón ratonero puede pensar: «¿Qué es eso, un cuervo marrón?» Pero cuando un águila de cabeza blanca surca los aires con sus dos metros de alas extendidas, su pico amarillo y su inconfundible cabeza blanca, es evidente que se trata de algo especial.

Una vez leí que Benjamin Franklin quería que el pavo fuera el símbolo oficial de Estados Unidos. ¡Venga, hombre! Seguro que no había visto nunca un águila de

cabeza blanca.

Aprovechamos una corriente térmica para elevarnos. Rachel tenía sus alas, pero yo contaba con mi experiencia, de modo que no me costaba seguirle el paso. No quiero presumir, pero si se añade la inteligencia humana al instinto de un ave. Es fácil volar más deprisa que ningún animal con alas.

<No le he mencionado nada a Jake, pero ya me he pasado toda la mañana observando a DeGroot>, comenté.

<¿Por qué a él? ¿Por qué no a esa tal Aria?>, quiso saber Rachel.

<A él le conozco. Me resultó fácil observarlo. Además...>

<¿Además, qué?>

Estaba a punto de decir que todo el asunto de Aria me ponía muy nervioso.

<Nada. A ver si podemos encontrarla. Yo sé en qué hotel se aloja, y en qué habitación. Antes me transformé en humano y llamé al hotel.>

<¿De dónde sacaste dinero para la cabina?>

<¿Con mi vista? Las monedas brillan al sol. No hay más que volar un rato cerca de una lavandería o el McDonald's. Enseguida te encuentras una moneda.>

Rachel se echó a reír, como si aquello fuera lo más gracioso del mundo.

<Desde luego se te da de miedo enfrentarte a las situaciones más raras.>

<Ya, bueno, no siempre. A veces me acobardo.>

<¿Qué quieres decir?>

<Vamos a virar un poco hacia el oeste para aprovechar la brisa y descansar un poco las alas>, contesté.

<Ya. O sea, que no quieres hablar de eso. Por mí estupendo.>

En cuanto viramos sentí el empuje del aire. Volar se parece mucho a navegar. Se puede volar contra el viento, pero se cansa uno enseguida. Sin embargo cuando el viento coopera y sopla en tu dirección, es estupendo.

<No es nada —aseguré fingiendo una carcajada—. Un problema entre aves.>

<O sea, que no quieres hablar. Estupendo —gruñó ella—. Tenemos diez o veinte minutos de vuelo y no me he traído nada para leer.>

<Si no tiene importancia... Es que hay un halcón que se ha trasladado a mi territorio.>

Me sentí como idiota. Era como volver a ser el Tobias de antes: siempre tan tonto y tan débil. No me extraña que recibiera tantos golpes cuando era humano. Era como si fuera suplicando por ahí que la gente me despreciara.

«Genial, Tobias —dije para mis adentros—. A Rachel precisamente le encantará saber que no puedes solucionar tus problemas con otro pájaro. Es patético.»

<¿Es más grande que tú?>

¿Por qué no aprenderé a tener la boca cerrada?

<Mira, déjalo —repliqué—. Lo que pasa es que todavía no he decidido cuándo es

el mejor momento de acabar con él.>

Sí, ya. Muy creíble.

<Ahí está el hotel. Tenemos que ir a la planta veintitrés —informé—. La habitación dos-tres-cero-seis.>

El corazón me latía a toda velocidad.

Estaba a punto de ver a una prima mía que, a lo mejor, quería hacerse cargo de mí. O tal vez me estaba metiendo en un atrampa.

Contamos veintitrés plantas y volamos en torno al edificio. Es muy emocionante sobre todo volar alrededor de edificios altos. Al estar junto a un rascacielos, por fuera y no por dentro, la parte humana que hay en ti recuerda lo alto que estás. Te imaginas a una persona en tu lugar, ves su terror al caer y... bueno, que uno piensa en esas cosas.

<Con el sol me cuesta mucho trabajo ver al otro lado de las ventanas>, me quejé.

<¿De verdad? A mí no>, replicó Rachel.

<Las águilas de cabeza blanca pescan —señale—. Tus ojos pueden ver a través del agua, incluso cuando hay reflejos. Yo como ratones y conejos.>

<¿Conejos?>

<Hay que pillar lo que se puede. Y no me vengas a hablar de *Tambor en Bambi* o del conejo de Pascua. Los conejos son presas, como los ratones.>

<Sólo iba a decir que parecen más apetitosos que los ratones. De hecho la gente también como conejo.>

<Exacto. No tiene nada de malo comer conejo.>

<A menos que se llame *Bugs bunny*. Oye, veo a una mujer en esa habitación. Es la...la tercera ventana desde el final.>

<No veo bien.>

<Muy oportuno, porque se está cambiando.>

<De ropa, querrás decir, ¿no? ¿O se está transformando?>

<Está transformando sus pantalones de chándal y su camiseta en un vestido. Un vestido que está...Como cuatro años pasado de moda.>

<Entonces igual es verdad que ha estado en África. Si es que se trata de ella.>

<O tal vez no sigue la moda. Veo muchas cámaras y equipo fotográfico. Eso también cuadra con lo de que es fotógrafa.>

<El reflejo del cristal cambia. ¿Ya puedo mirar?>

<¿Siempre eres tan considerado?>

<No me gusta ir de mirón —repliqué—. Además, no puedo utilizar mis superpoderes para hacer algo malo.>

Rachel se echó a reír.

<Ya puedes mirar.>

Giré, aleteé para mantener la altitud, y planeé lo más despacio posible, a unos doce metros de distancia de la ventana.

La mujer debía de tener unos veinticinco o treinta años. Llevaba el pelo oscuro

recogido en una coleta. No era ni alta ni baja. Delgada, eso sí. Parecía muy morena.

<¿Y se parece a alguien de tu familia?>, preguntó Rachel.

<No. Bueno, no lo sé. Según DeGroot tengo un padre del que ni siquiera había oído hablar. ¿Quién sabe si esa mujer se parece a alguien de mi familia?>

<¿Cómo lo vamos a averiguar?>

Yo no contesté. La verdad es que ni siquiera había oído la pregunta. Estaba distraidísimo, mirando a aquella desconocida que quería cuidar de mí.

¿Por qué? ¿Por qué de pronto iba alguien a quererme? Ella ni siquiera me conocía. ¿Por qué? ¿Por un vago concepto de lealtad? Tal vez. Supongo que algunas familias son así. Las personas se sienten conectadas con cualquiera que comparta con ellas un lazo biológico. Pero mi familia era muy diferente. Por lo menos los miembros que yo había conocido.

Mi madre desapareció y mi padre murió cuando yo era pequeño. Apenas me acordaba de ninguno de los dos. Tenía fotografías, claro, de cuando yo era humano. Pero cuando ahora intentaba recordar a mis padres no sabía si mis recuerdos eran reales o me los había inventado.

A veces me preguntaba si no sería todo una ilusión. Tal vez nunca había tenido padres. Tal vez nunca había sido humano.

Era un monstruo de la naturaleza. No, tampoco eso era verdad. La naturaleza no podía haberme creado ni en su momento más perverso. Era un monstruo de la tecnología. De la tecnología alienígena.

Era un ave con la mente de un chico humano. O un chico en el cuerpo de un ave. En cualquier caso, la mujer que vi a través del cristal, la misma mujer que ahora cambiaba de canal en la televisión hasta detenerse en las noticias, aquella mujer no me conocía.

Ni al que yo era antes ni al que yo era de verdad: «Sorpresa, prima Aria, tu hijo adoptivo es un halcón ratonero.»

<Digo que cómo lo vamos a averiguar>, repitió Rachel.

<¿Qué? Ah. Supongo que siguiéndola,. Vigilándola, observando. Si es una controladora tendrá que ir a una piscina yeerk en los próximos tres días.>

<No podemos vigilarla constantemente>, advirtió Rachel.

<Quizá no —admití—. Pero tal vez logremos averiguar lo suficiente. ¡Mira! Está recibiendo una llamada.>

<Parece sorprendida.¡Y ahora ilusionada!>

Aria...si es que era Aria... se echó una cámara al hombro, Se detuvo frente al espejo y se arregló un poco el pelo y la ropa.

<No te preocupes del pelo —saltó Rachel—. ¡Haz algo con ese vestido!>

Yo me eché a reír. Pero al mismo tiempo, algo que había visto me preocupaba. Algo...

La mujer salió de la habitación y desapareció de la vista.

<Deberíamos rodear el edificio hasta la puerta principal para verla salir>, propuso Rachel.

<Sí. Esperemos que no tenga coche ni pida un taxi.>

<¿Por qué?>

<¿Has intentado alguna vez seguir volando a un coche?>

<¡Oh, no! ¡Va a tomar un taxi!>, exclamé, viendo que el portero del hotel hacia una señal con la mano.

<El tráfico está fatal. Quizá podamos seguirlo>, dijo Rachel.

<Desde el aire no.>

<¿Tienes alguna idea?>

<Bueno, tengo un plan que te va a parecer una locura —contesté—. ¿Ves ese coche de policía? Va en la misma dirección que el taxi. ¿Ves las luces en el techo?>

Rachel se echó a reír.

<Es verdad. ¡Es una auténtica locura! ¡Vamos!>

Nos lanzamos hacia abajo a toda velocidad. Lo que tenía en mente no era precisamente sutil, sino más bien peligroso. Además, atraería la atención de todo el mundo. Pero podía dar resultado.

Las luces rojas del coche de policía estaban montadas sobre una barra. En cada extremo de la barra había una luz, a medio metro de distancia una de otra.

El taxi se dirigía hacia un gran bulevar, seguido el coche de policía. Sólo iban a unos treinta kilómetros por hora, debido al tráfico, per halcones y águilas no pueden volar largas distancias en línea recta. Tenemos que girar para aprovechar las corrientes térmicas. Incluso a treinta kilómetros por hora, podíamos perder el taxi.

De modo que nos lanzamos hacia abajo, convirtiendo la altura en velocidad. Yo iba un poco adelantado.

<Rachel, ponte detrás de mí, pero ten cuidado con las turbulencias de mis alas.>

Bajamos desde una altura de más de veinte metros hasta el nivel de la calle, con un planeo del que cualquier piloto de avión se hubiera sentido orgulloso.

<¡Mantén la velocidad!>

<Vamos más deprisa que ellos. ¡Los pasaremos de largo!>

<¿Me vas a enseñar a volar?>

<¡No, señor! —Rachel lanzó un grito de emoción, como suele hacer cuando está a punto de suceder una verdadera catástrofe—. ¡Ja ja!>

El coche de policía seguía avanzando, nosotros caíamos en ángulo sobre él. Las dos trayectorias se encontrarían...

<¡Frena!> Moví las alas, aminoré un ápice mi velocidad, abrí las garras y...¡Sí! Me agarré a la barra del coche.

Rachel logró aferrarse a ella con una garra, pero falló con la otra. Dobló las alas y la corriente estuvo a punto de derribarla.

<¡Aguanta! —exclamé—. Abre las alas. Planea.>

De alguna forma logró entenderme. Movié rápidamente la otra para y se aferró a la barra. Luego inclinó hacia delante su cuerpo, como para volar, y abrió las enormes

alas.

Lo habíamos logrado. Un ratonero y un águila de cabeza blanca montados en el techo de un coche de policía, con las alas abiertas, el cuerpo inclinado, las garras tensas...

<¡Vaya, pues no se me hace tan raro!>, exclamó Rachel riéndose, todavía emocionada por el peligro.

Los demás conductores nos miraban con la boca abierta. Algunos estuvieron incluso a punto de chocar con el coche de delante. Pero la policía no se dio cuenta de nada.

<Alguien avisará a los agentes de que estamos aquí>, comenté preocupado.

<¡Qué va! —me aseguró Rachel—. A ningún conductor se le ocurre llamar la atención de la policía. La gente se siente culpable.>

Seguíamos bajando por el bulevar, a una distancia de tres o cuatro vehículos detrás del taxi. Avanzamos así unos kilómetros, hasta llegar a las afueras de la ciudad, donde los edificios se hacían más pequeños, más viejos y más ruinosos. Estábamos cerca del aeropuerto y un enorme 747 pasó con estruendo sobre nuestras cabezas.

Y entonces...

<¡Aaaaah!>

Las luces rojas se pusieron a girar y el coche aceleró de pronto. La resistencia del viento aumentó el doble. Apenas podíamos sostenernos. La sirena comenzó a sonar.

¿Creéis que las sirenas de policía son estrepitosas? Pues no sabéis lo que es tener un oído mucho mejor que el humano y estar posado a pocos centímetros de una de ellas. Todo eso sin contar el rugido de los cuatro motores del jumbo que pasaba por encima.

<¡Aaaaaaaah!>

En pocos segundos habríamos adelantado al taxi. ¡No! Una súbita curva, y el taxi y el coche de policía se separaron en una bifurcación.

Íbamos demasiado deprisa para mantener las alas abiertas. Avanzábamos a unos ochenta o noventa kilómetros por hora. Cerramos las alas y nos encogimos lo más cerca de la barra que pudimos. Yo bajé la cabeza y cerré con fuerza las plumas de la cola.

Corríamos en paralelo al aeropuerto. Otro jet, un 737, estaba a punto de despegar. Pero antes de que se elevara del suelo, algo mucho más pequeño se alzó por los aires.

Un helicóptero.

En cuanto se elevó tomó el mismo rumbo que el taxi.

<Se me ha ocurrido otra idea descabellada>, dije.

<No.>

<¡Voy allá!>

<¿Qué tengo que hacer?>, gritó Rachel.

<¡Concéntrate! Suelta la barra. Abre un poco la cola para elevarte, con las alas casi cerradas. Utiliza la cabeza para girar.>

<¿Cuándo?>

<¡AHORA!>

Solté la barra, abrí las plumas de la cola y las giré sólo un ápice hacia arriba. Luego abrí las alas, tan ligeramente que podían haber sido las aletas de un cohete.

Lo cual era muy apropiado, porque salí disparado como un misil con plumas. Giré con el más leve movimiento de la cabeza...

Estaba justo debajo del helicóptero. Viré un poco para ir en su misma dirección, me coloqué de espaldas, abrí las garras y...

<¡Aaaaah!> Me aferré al patín de aterrizaje.

Rachel estaba justo detrás de mí. Ella también se volvió y abrió las garras, pero no estaba preparada para la fuerte corriente de la hélice del helicóptero...¡Y falló!

<¡Nos vemos más tarde!>, grité.

<No mucho más tarde —rió ella—. Mira. El taxi acaba de parar.>

O sea, que yo acababa de realizar una acrobacia increíble...¡Para nada!

<De todas formas, ha sido espectacular>, me consoló Rachel. Pero seguía riéndose cuando yo solté el helicóptero y eché a volar avergonzado hacia el campo donde el taxi dejaba en ese momento a Aria.

Tardé un momento en darme cuenta de lo que estaba viendo. Era un edificio bastante ruinoso. Pero la verdad es que desde el aire todos los edificios tienen bastante mala pinta. No se ven más que tejados y aparatos de aire acondicionado. Ése era de una planta, pero con una falsa fachada que lo hacía parecer mucho más grande si uno se acercaba desde el suelo. Frente a él había un aparcamiento sin asfaltar en el que se veían pocos coches. En la parte trasera había un estanque verde y poco profundo, rodeado de una barandilla de madera de aspecto precario.

En las orillas de barro del estanque dos cocodrilos tomaban el sol.

A la izquierda del edificio había una tienda de licores, y a la derecha lo que parecía una pista de minigolf. Los piratas parecían ser el tema del decorado. La pieza central era un barco pirata de yeso.

<Es uno de esos zoos baratos —informó Rachel, que había bajado bastante para ver con claridad los carteles—. Se llama «Safari y minigolf de Frank».>

<¡Menudo nombre!>

<Menos mal que Cassie no ha venido. Odia esos sitios con toda su alma. Seguro que luego nos convencía para que viniéramos a liberar a todos los animales.>

<A lo mejor a eso ha venido Aria —supuse yo—. A lo mejor e verdad que es fotógrafa. Seguro que también odia estos sitios.>

<Sí, a lo mejor>, replicó Rachel escéptica.

Bajé un poco para inspeccionar un cartel de anuncio junto a la carretera.

Era uno de esos carteles con enormes letras de plástico: ¡GRAN NOVEDAD! ¡INCREÍBLE MONSTRUO ENANO! ¡LA CUCHILLA VIVIENTE!

<¡Madre mía! ¡Tenemos problemas!>, anuncié.

<¿Significan esos problemas que tendremos que aferrarnos a un helicóptero en pleno vuelo? —preguntó Rachel burlona—. A propósito, Tobias, es verdad que fue innecesario, pero muy espectacular, ¿eh?>

<La cuchilla viviente —repetí, leyendo el cartel—. Increíble monstruo enano.>

<¿Qué es una cuchilla viviente?>, preguntó Rachel.

<No lo sé muy bien, pero me da muy mala espina. Creo que deberíamos entrar.>

<Bueno, podemos convertirnos en humanos y entrar tranquilamente. Si tuviéramos dinero para sacar la entrada, claro.>

<Son dos dólares cada uno>, informé.

<Tengo que aprender a transformar tarjetas de crédito.>

<Siempre podríamos entrar como cucarachas —propuse—. No creo que nadie advierta a una cucaracha en un sitio así, y menos a un par de moscas.>

<Ah, odio transformarme en insecto.>

<Oh, oh. Me da la impresión de que se te ha ocurrido algo.>

<¡Venga ya! Después de tu idea de agarrarnos a un coche de policía para luego salir disparado hacia un helicóptero, ¿vas a criticar mis propuestas?>

<Vaaaale. Está bien.>

>He visto que sólo hay un viejo vigilando la puerta. Y tengo que decirte que no creo que su pelo sea del todo auténtico.>

<¿Qué?>

>Tú ve al barco pirata del minigolf. Allí nos transformaremos. O voy enseguida.>

Rachel se lanzó planeando hacia el hombre que estaba sentado a la puerta del Safari de Frank, abrió las garras y le arrebató la peluca.

—¡Eh! —gritó él—. ¡Mi pelo!

El águila de cabeza blanca voló bajo y despacio, cargada con lo que parecía una rata almizclera, aunque en realidad se trataba de un peluquín. El hombre salió corriendo tras ella.

Yo me dirigí al barco pirata, y un instante después Rachel se reunió conmigo, todavía riéndose.

<¿Qué has hecho con el peluquín del pobre hombre?>, pregunté.

<Bueno, digamos que uno de los cocodrilos del estanque ha cambiado de *look*.>

Nos transformamos en el interior del falso barco pirata que estaba lleno de polvo y telarañas. Para salir tuvimos que pasar a trancas y barrancas por una puerta estrechísima. Nadie nos detuvo. Nadie reparó en nosotros ni entonces ni cuando entramos con todo descaro en el safari.

El sitio era tan espantoso como yo pensaba. Os animales, apáticos y alicaídos, estaban encerrados en jaulas diminutas. Las paredes negras absorbían la poca luz del lugar.

Un zorro sarnoso caminaba inquieto de un lado a otro. Un par de lince dormían apretujados en una jaula que habría resultado pequeña para un gato casero. Había también un búho viejo, un cervatillo, un par de ovejas y un poni en un corral redondo. El poni estaba ensillado, y se le veían las heridas de las correas. Un cartel rezaba: PASEO EN PONI, \$2.50.

Una osa negra estaba en una jaula tan pequeña que no podía ni ponerse en pie.

Rachel se agachó para susurrarme al oído:

—Iba a sugerir que no le dijéramos nada a Cassie, pero ¿sabes una cosa? ¡Vamos a decírselo! Seguro que convence a Jake para que derribemos este sitio tan espantoso. Pero ¿qué le pasa a la gente? Ya sabes que yo no soy precisamente vegetariana ni fanática de la ecología, pero esto ya es el colmo. ¡Mira cómo tratan al oso! Me dan ganas de presentarme aquí para que vean lo que es un oso de verdad. ¡A ver si Frank se atreve a meterme en una de sus jaulas apestosas!

Yo sonreí. El caso es que Rachel no exageraba. Si Jake no lo impedía, el Frank del safari iba a recibir la visita de un oso pardo bastante grande y con muy mal genio.

Por fin doblamos una oscura esquina y entramos en una pequeña sala. Allí estaba Aria con un hombre. Retrocedí rápidamente, pero me dio tiempo a ver la jaula alumbrada con dos focos de luz. Dentro había un joven Hork-bajir.

Sólo medía un metro de altura. Era prácticamente un recién nacido entre los Hork-bajir. Sus cuchillas estaban muy afiladas, como los dientes de un bebé humano, pero eran pequeñas y no tan rígidas o peligrosas como las de un adulto.

Tenía la cola corta, apenas formada, y las cuchillas de la frente no eran más que bultos.

El pequeño estaba aferrado a los barrotes de la caja y miraba a Aria con patética expresión esperanzada.

—¡Uaa! —exclamó Rachel.

—Sí.

Nos apartamos fuera de la vista, aunque ni el hombre ni Aria nos habían advertido.

—Mire, señora, yo no quiero abusar, pero si va a sacar fotos tendrá que pagar un extra.

—Pero, señor Hallowell...

—Lámeme Frank.

—Muy bien, Frank. Mire, soy fotógrafa profesional y le ofrezco copias de mis

fotos como pago.

El hombre soltó una risotada.

—Si necesito alguna foto del monstruo ya le haré una polaroid. Sí, este monstruito me va a dar mucho dinero. Ya me he puesto en contacto con un periódico. Me van a enviar a alguien. Si esa persona decide que el monstruo vale la pena, me pagará una fortuna.

Aria vaciló.

—Y...¿publicarían las fotos?

El hombre la miró como si estuviera loca.

—¿Y qué iban a hacer con ellas si no?

Aria asintió con la cabeza.

—Sí, claro.—Se volvió de nuevo hacia el Hork-bajir y repitió pensativa—:Sí.

—Mire, ya que es usted una profesional, le voy a preguntar una cosa: ¿qué bicho es éste?

—¿No lo sabe usted?

Frank movió la cabeza.

—No. El otro día pasó un tipo con esto metido en su camión. Me dijo que se lo había encontrado vagando junto a la autopista. Le di cincuenta pavos por él.

—Hizo usted un buen negocio —aseguró Aria—. Estoy segura de que vale mucho más.

—A mí lo que me gustaría es sabes qué es.

Aria se encogió de hombros.

—No lo sé. Nunca había visto nada igual. Pero no debería usted llamarlo monstruo.

—¿Qué pasa, que es políticamente incorrecto? —se burló Frank.

—No. Lo que pasa es que yo nunca había visto nada parecido. Podría usted decir que es un extraterrestre y nadie se lo discutiría.

—Un extraterrestre, ¿eh? Pues mire, no es mala idea. La verdad es que hay por ahí muchos chiflados que se creen todas esas tonterías de los ovnis y los extraterrestres.

—Si. Y ya que hablamos de hacer algunos cambios, podría usted mostrar un poco más de humanidad con estos pobres animales. Necesitan jaulas más grandes, más luz, más aire fresco. Eso como mínimo.

—Ya lo pensaré —replicó Frank, con expresión de no estar dispuesto a pensar en nada.

Aria se marchó. Pasó junto a mí y Rachel. Yo aparté la cabeza para que más adelante no me reconociera. Luego la seguimos a una distancia prudencial, fingiendo que mirábamos los animales enjaulados. Aria salió del edificio y miró a su alrededor.

Un instante más tarde apareció una limusina negra a toda velocidad, levantando

una nube de polvo en el aparcamiento. El coche se detuvo delante de Aria y el chofer salió de un brinco para abrirle la puerta.

Yo la miré fijamente mientras ella se sentaba. Por un momento la puerta se quedó abierta y pude verla con toda la claridad que permiten los débiles ojos humanos. Ella se volvió en nuestra dirección, pero no nos veía porque estaba justo al sol y nosotros nos encontrábamos en las sombras. Luego miró pensativa el cartel del safari y esbozó una media sonrisa, nada más.

—¿Quién eres? —susurré.

El conductor cerró la portezuela y el coche se alejó.

Esa tarde, en el granero, se discutió mucho sobre el tema del pequeño Hork-bajir.

—Tenemos que ir a rescatarlo —afirmó Jake.

—Podría ser una trampa —señaló Marco—. Esa tal aria tal vez sea una controladora.

Yo quería preguntar por qué a una controladora le preocuparían las condiciones de los animales en aquel horrible zoo.

Pero no dije nada. Supongo que cada vez me iba volviendo más callado. A veces todas las conversaciones que mantiene la gente parecen irrelevantes. Lo que cuenta es la acción.

Jake asintió con la cabeza.

—Tenemos que actuar suponiendo que todo esto es una trampa. Dividiremos nuestras fuerzas. Un grupo de nosotros se quedará aquí como refuerzo.

Marco miró sonriendo a Rachel.

—Esto es como en *Patton*.

Jake hizo ademán de darle un puñetazo.

A continuación vino una de las partes más raras de la vida de los animorphs: Jake, Rachel, Cassie y Marco se sentaron en el heno del granero, abrieron las mochilas y sacaron libros y cuadernos.

Deberes. Supongo que cuando uno es un chico totalmente humano, no hay forma de eludir los deberes.

Ax miró sobre el hombro de Cassie su libro de ciencias.

<Pero eso no es verdad —murmuraba todo el rato—. La gravedad no funciona así.>

Yo me posé cómodamente en las vigas y eché un vistazo a los deberes de Jake. Todavía disfruto leyendo cuando tengo ocasión. A veces voy a un banco del parque, a algún sitio donde la gente suele leer en voz alta. Busco alguna brisa suave, me pongo a flotar a varios metros de altura y leo sobre el hombro de alguien. He leído muchas cosas de John Grisham, Stephen King y Noah Gordon. No libros enteros, por desgracia, pero algunas páginas, o a veces capítulos completos.

Ahora leía sobre el hombro de Jake. Cuando empecé a aburrirme, cambié de sitio para echar un vistazo al libro de Rachel.

Hasta que por fin llegó la hora de irnos.

<Si realmente quieres comprender las leyes del movimiento tal como se aplican en la física cuántica, y de qué forma se relacionan con la gravedad y con lo que los andalitas llamamos la séptima fuerza...>

Cassie se echó a reír y tocó el brazo de Ax.

—Ax, debe de ser duro no tener a nadie con quien comentar las cosas a tu nivel.

Ax pareció desconcertado.

<No...No es eso.>

—Muy bien. ¿Todo el mundo ha resuelto el tema de los padres? —preguntó Jake.

—Sí, hemos contado las mentiras adecuadas —contestó Cassie, moviendo la cabeza con tristeza—. Se supone que todos vamos a dormir con algún amigo, como siempre.

—Bueno, esto no nos llevará mucho tiempo —dijo Rachel.

Todos se transformaron en ave y salimos volando hacia el safari de Frank. El cartel había cambiado. Ahora proclamaba que Frank tenía el primer alienígena del espacio. La cosa daba resultado, porque el aparcamiento estaba lleno de coches.

Yo iba en el primer grupo, junto con Rachel, porque los dos conocíamos el lugar. Con nosotros venía también Jake. Cassie, Ax y Marco se quedaron de refuerzo, listos para acudir si surgía algún problema.

Nos transformamos junto al estanque de los cocodrilo. Estaba oscuro, aunque no del todo, En el oeste todavía se veía luz del atardecer. La luna no había salido, pero el cielo estaba lleno de estrellas.

Yo esperé mientras los otros se transformaban. Me iba a convertir en algo que sólo había sido una vez: Hork-bajir.

Por lo general nunca utilizo esta forma. Los Hork-bajir son criaturas pensantes, y nosotros sostenemos la regla e no transformarnos en humanos u otros seres inteligentes. Al fin y al cabo no somos yeerks. No nos gusta andar por ahí adquiriendo y utilizando el ADN de criaturas libres.

Pero este caso era especial. Necesitábamos que Bek, el niño Hork-bajir, viniera con nosotros por voluntad propia. Y yo sabía que Ket Halpak —cuyo ADN era el que iba a utilizar para mi metamorfosis— no se molestaría en lo más mínimo.

—Muy bien —susurró Jake—. Vamos a repasarlo una vez más. Yo entro como humano y apago el interruptor principal de la luz, para quedarnos a oscuras. Rachel se transforma, y en cuanto se vaya la luz, derriba la pared trasera. Tobias, tú te quedas aquí a oscuras hasta que Rachel te dé la señal. Entonces entras corriendo, liberas al niño y sales a toda velocidad. Cassie se encargará de él a partir de entonces. Hay que llevarlo por la carretera trasera, unos quinientos metros más allá, hasta el campo de maíz. ¿Entendido?

Rachel me guiñó el ojo.

—¿Sabes? Marco tiene razón, Jake se ha vuelto de lo más *Patton*.

—¡Venga ya! —protestó Jake de buen humor.

Por fin echó a andar con cautela en torno a la cerca del estanque de los cocodrilos.

—Oye, ¿qué ha dicho Jake?, ¿qué derrumbe una solo pared o algunas más? —me preguntó Rachel con fingida expresión inocente.

<Sabes perfectamente que sólo quiere que nos abras camino para entrar en el

edificio. No ha dicho que tengas que derribar el zoo entero sólo porque Frank maltrata a los animales —repliqué muy serio—. Por otra parte, esto está tan oscuro, podrías confundirte...>

Rachel se echó a reír, con aquella risa suya un poco demencial de cuando estaba a punto de meterse en una pelea.

—Sí, podría confundirme.

Comenzó a transformarse en elefante. ¿Os acordáis que antes he mencionado que era fascinante ver a Rachel transformándose en águila? Verla transformarse en elefante es otra cosa. No tiene nada de atractivo.

Para empezar, el modo en que se pone a crecer. Es como si le salieran bultos de los muslos, del estómago, e incluso de la cabeza. Os aseguro que es muy perturbador ver que a alguien le sale de pronto de la cabeza una masa de carne gris del tamaño de una nevera.

Rachel fue transformándose así, a trompicones, hasta convertirse en una especie de monstruo amorfo. Las piernas y los brazos se convirtieron en columnas, y sus patas de elefante se hundieron en el suelo húmedo.

Me estaba sonriendo cuando sus dientes blancos parecieron fundirse unos con otros para luego sobresalir como dos lanzas curvadas en las puntas.

La nariz se le hundió hacia abajo, y luego pareció derretírsele, hasta que comenzó a hacerse más gruesa y oscura. Para entonces ya tenía las orejas del tamaño de dos toallas de playa.

La última parte de Rachel que desapareció por completo fue su pelo. Durante varios segundos parecía exactamente un elefante con peluca.

Pero para entonces yo ya me estaba transformando.

Transformarse es muy raro. Es siempre como una pesadilla. Imaginad lo que sería ver que vuestra piel se agita, se funde, se arruga, se encoge o se hincha. Imaginaos que oís el sonido de vuestros propios órganos internos licuarse o desintegrarse. Imaginaos lo que es tener partes del cuerpo que no habíais tenido antes, y un cerebro que sabe utilizarlas.

Una metamorfosis siempre es monstruosa. Pero cuando uno se transforma en animal extraterrestre, la cosa es todavía peor. Según Ax, el ADN es algo muy similar en toda la galaxia. La misma doble hélice de átomos forma la base tanto para toda la vida en la Tierra como para casi todas las formas de vida de otros planetas. Pero aparte de eso, no existen muchas similitudes entre los cuerpos alienígenas y los humanos. La vida real no se parece en nada a *Star Trek*. Los extraterrestres no son humanos con orejas raras, narices puntiagudas y disfraces.

Un Hork-bajir no tiene nada ni remotamente humano. Pero lo más curioso es que sí existen puntos en común entre los Hork-bajir y los halcones.

Las garras son muy parecidas, así como la boca en forma de pico y... bueno, la

verdad es que ahí se acaban los parecidos.

Los Hork-bajir son enormes. Miden unos dos metros de altura. Mientras que mis huesos son huesos son huecos y ligeros, los suyos son gruesos y densos como el acero. Mi sistema digestivo es muy sencillo, diseñado para digerir carne cruda, pero el suyo es mucho más complicado y les permite digerir la corteza de los árboles.

Y mientras que yo cuento con algunas armas naturales, como el pico y las garras, los Hork-bajir son en sí mismo un arma natural. Tanto las garras, que les permiten trepar los gigantescos árboles de su mundo natal, como las cuchillas de las muñecas, codos y frente, que les permite arrancar la corteza de esos árboles, pueden ser utilizados como armas.

Pero los Hork-bajir jamás las habían utilizado con ese fin, hasta que los yeerks y los andalitas llevaron su guerra al mundo Hork-bajir.

Yo crecía y crecía, tanto que al final casi podía mirar a Rachel directamente a los ojos. Mis garras se convirtieron en patas de tiranosaurio. En la boca me salieron dientes afilados para cortar corteza y muelas serradas para triturarla.

Mis alas perdieron las plumas y se extendieron. Donde estaban los huesos de mis «dedos» salieron manos. Todo mi cuerpo se cubrió de músculo, del cual salieron las huesudas cuchillas.

<Menuda parejita hacemos —comentó Rachel—. Vamos a bailar.>

En ese momento se oyó un ruido. Motores de coche, frenazos, portazos. Muchos. Miré hacia el aparcamiento, pero desde allí apenas se veía.

Justo entonces se apagaron las luces del safari.

<Es la hora del espectáculo>, dijo Rachel con su risa salvaje.

En cuanto se apagaron las luces descubrí que los Hork-bajir no están muy equipados para ver en la oscuridad. Los elefantes tampoco, pero a los elefantes no les importa mucho, puesto que pueden pisotear casi cualquier cosa que se les ponga en el camino.

¡BRRRAAAAAAAAAA!, bramó Rachel, echando a andar en torno al estanque de los cocodrilos en dirección al safari.

Era increíble lo deprisa que avanzaba. Yo apenas podía seguirle el paso.

Del edificio salían gritos:

—¡Eh! ¡Que enciendan las luces!

—¡Que nos devuelvan el dinero!

Corrimos hacia la pared más cercana. Rachel se detuvo y apoyó con cuidado la parte plana de su cabezota contra ella. Luego echó su peso hacia delante y oímos un crujido.

<¡Je, je! —rió Rachel—. Es sólo madera. ¿Acaso no sabe este cerdito que debería construir su casa de ladrillo? ¡Sal, cerdito, sal, o soplaré y soplaré y la puerta derribaré!>

Retrocedió un paso y descargó todo su peso contra la pared.

¡BLAAAAM! ¡CRAAAAAAAK!

<Con el ruido la gente habrá retrocedido. Vamos a entrar.>

Volvió a tomar carrerilla y se lanzó una vez más contra la pared de madera.

¡BLAAAAM! ¡CRAAAAAAAK! ¡CRUUUUNCH!

La pared cedió por fin. La gente gritaba.

—¡Vámonos de aquí!

Rachel entró a la carga entre las vigas rotas y los trozos de yeso, barritando como una loca, balanceando la trompa y en general causando los destrozos que a ella tanto le gustaba causar.

<¡Todos fuera! —ordenó en telepátía de ancha frecuencia—. ¡Elefante rabioso! ¡Hay un elefante furioso suelto! ¡Es Dumbozilla!>

En el momento de pánico general, nadie recordaría que en realidad no habían «oído» aquella advertencia.

Yo seguí los pasos de Rachel, que por aquel entonces andaba lanzando trompazos al techo, que se tambaleaba con cada golpe. Enseguida me puse a buscar al pequeño Hork-bajir. Lo encontré en su jaula.

Pero no estaba solo. Al otro lado de la jaula había tres hombres. Dos de ellos llevaban pistolas convencionales. El tercero blandía un arma que yo había visto ya muchas veces: un rayo dragón de los yeerks.

Los tres controladores humanos se me quedaron mirando boquiabiertos. No me miraban como una persona normal miraría a un Hork-bajir, sino como alguien que ya

conocía a los Hork-bajir y que no esperaba ver a ninguno más.

<Esto...¿Rachel?>, llamé.

<¿Qué? Perdona, pero con este jaleo no puedo evitar hacer algunos destrozos.>

<Eso díselo a Jake —dije—. Tenemos compañía.>

—¿Quién eres? —preguntó uno de los hombres—. Visser Tres no nos ha dicho que... ¡Un momento! ¡Es uno de los Hork-bajir renegados! ¡Uno de los huéspedes fugados!

Bek me miró con expresión suplicante. Los controladores me apuntaron con sus armas y uno de ellos se puso a gritar con la boca pegada a un reloj que debía de ser también un comunicador.

Aquello se iba a poner feo. Los controladores estaban allí para llevarse al pequeño Hork-bajir. Nosotros también. Sólo había una diferencia: a ellos no les importaba que Bek muriera en la refriega.

—Vaya, un Hork-bajir renegado —dijo uno de los controladores—. ¡Vamos a capturarlos a los dos! Visser Tres se va a poner muy contento —aseguró, apuntándole con el rayo dragón—. Tú decides, Hork-bajir, te vienes con nosotros por las buenas o por las malas.

Bek estaba ente ellos y yo. Si yo atacaba...

Pero por suerte no estaba solo.

No vi al lobo hasta que cayó sobre el controlador. Sus fauces se cerraron sobre la mano que sostenía la pistola.

—¡Aaaaaaaah! —gritó el hombre.

<¿Cassie? ¡Qué oportuna!>

<Sí, soy yo. Pero no te quedes ahí. ¡Vienen más! ¡Muchos más!>

No vacilé ni un segundo. Salté por encima de la jaula de Bek y aterricé de pie sobre uno de los controladores. Puede que los Hork-bajir no sean genios, pero rápidos sí que son.

Mi víctima se desplomó, gritando, forcejeando para escapar.

¡BANG!

El disparo pasó tan cerca que el estruendo me hizo más daño que la bala. Ésta abrió un agujero limpio y redondo en la cuchilla de mi codo izquierdo.

Yo ataqué instintivamente. El arma cayó al suelo. Al controlador le iba a costar bastante trabajo contar con los dedos más allá de ocho.

Cassie y yo contábamos con una momentánea ventaja. Me puse a trastear con los torpes dedos Hork-bajir en la cerradura de la jaula de Bek, hasta que una cosa negra y enorme me apartó de un empujón.

<Anda, deja que este gorila se encargue de eso —dijo Marco—. Es una cosa que requiere delicadeza, paciencia, sutileza.>

Con estas palabras agarró los barrotes de la jaula y...

¡RIIIIIIIIP! Abrió la jaula como si fuera una bolsa de patatas.

<Ven conmigo, Bek>, indiqué al aterrado niño.

<¿Ket Halpak?>

<Eh...sí. Ven>

Bek me agarró la mano y entonces fue cuando estalló el caos.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

¡PFIUUUU! ¡PFIUUUU!

El destello cegador de los disparos, y más cegador todavía de los rayos dragón. Explosiones que hacían temblar la sala.

De pronto, un elefante.

Rostros furiosos, rostros asustados visibles a la luz del tiroteo.

Sentí como un golpe en el estómago. Por un momento no supe qué era. ¿Me habría pegado Bek? ¡No! ¡Era una bala! Veía el agujero, veía la sangre.

¡BRAAAAAAAAAARRRR!, barritaba Rachel.

Ahora había más criaturas. El lince estaba fuera de su jaula, un tigre rugía y lanzaba zarpazos. Un gorila blandía sus puños como jamones. Un andalita restallaba su cola como un látigo con terrible precisión.

Era una batalla demencial, desesperada, caótica. Las balas volaban, los rayos dragón abrían agujeros en jaulas y paredes, las llamas y el humo se alzaban a mi alrededor.

Retrocedí sin soltar a Bek, buscando alguna vía de escape. Pero aparte de los destellos de las armas, la oscuridad era casi total. El techo se hundía en algunas partes, donde casi se había desplomado. Las paredes estaban medio caídas, las jaulas dispersas por todas partes. Los animales rugían, los humanos gritaban.

De pronto sentí dolor. Me doblé sobre mí mismo, pero sin soltar a Bek, que tiraba de mí muerto de miedo.

Ahora la batalla comenzaba a organizarse. Los controladores tenían la mitad frontal del edificio, y algunos de ellos lo rodeaban por la parte trasera atravesando a la carrera el estanque de los cocodrilos en un intento de cortarnos la retirada.

Rachel se estaba transformando. Su cuerpo de elefante estaba resultando un inconveniente. En cuanto comenzó a encogerse para recuperar su tamaño de persona, se agachó y desapareció en la oscuridad.

Los controladores, que ya eran más de diez, habían aprendido un poco de humildad. Intentaban ponerse a cubierto y disparaban a lo loco, esperando sin duda cortarnos así la retirada.

<¡Tobias!;Saca al niño de aquí!>, gritó Jake.

<Pero me necesitáis>, contesté.

<¡Llévatelo de aquí!>

Apreté la mano de Bek y retrocedí hacia la pared hundida por la que habíamos entrado. La herida del vientre me dolía como si alguien me hubiera atravesado con una espada al rojo vivo. De pronto sentí aire frío en la espalda. Me volví, listo para lanzarme a través del agujero en la pared, pero no tenía el camino despejado.

Allí había un andalita.

Era mayor que Ax, más grande, lleno de cicatrices. De él emanaba una oscuridad más negra que la noche, una oscuridad que provenía del malvado y gusano que vivía dentro de su cerebro cautivo.

¡Visser Tres!

Lanzó un latigazo con la cola y yo retrocedí. Pero no bien reconocí el cuerpo andalita que en otro tiempo perteneció a un poderoso príncipe, se empezaron a percibir los cambios.

Visser Tres se estaba transformando. Visser Tres, el único controlador andalita, el único yeerk con el poder de la metamorfosis.

Visser Tres, que había viajado por toda la galaxia adquiriendo las formas de las criaturas más peligrosas del universo conocido.

<Ah, un Hork-bajir renegado —dijo. Parecía encantado—. El pequeño fugitivo y el renegado. Ket Halpak, si no me equivoco. Bien, amigo Hork-bajir, no tardaremos en llevarte a la piscina yeerk. Pronto volverás a ser nuestro.>

<Pobre, estúpido Hork-bajir —prosiguió Visser Tres, fingiendo pena—. Ni siquiera puedes apreciar la magnificencia de este cuerpo. Es lo que se llama un *Kaftid*.>

La cabeza andalita de Visser se estrechó y se alargó, hasta parecer la cabeza de un caballo de mar, con su boca rígida y tubular, el cuello alargado y dos alas correosas que le crecieron justo detrás de la cabeza, pero que no podían haberle permitido volar.

Su cuerpo de cuatro patas desarrolló cinco, seis, siete, ¡ocho patas! La cola desapareció, y el pelaje azul y marrón dio paso a una piel verde y viscosa como la de una rana.

Tiré de Bek para acercarlo a mí y, sin hacer caso del dolor, me agaché para pasar junto al monstruo en que Visser Tres se estaba convirtiendo. Pero Bek estaba muerto de miedo, gritaba y lloraba e intentaba volver al edificio, que sin duda le parecía un lugar más seguro.

Yo quise levantarlo en brazos, pero no estaba muy familiarizado con mi cuerpo de Hork-bajir y tenía miedo de cortar al pequeño con mis cuchillas.

Por fin logré pasarle el brazo por la cintura y echar a correr. ¡Pero era demasiado tarde! Cuando pasaba junto al costado derecho de Visser Tres...¡SSSSPPAASSSSS! De la boca del monstruo salió un chorro líquido del color del anticongelante. No me alcanzó por pocos milímetros, pero cayó sobre un tablón.

¡SSSSS!

¡Era ácido! En pocos segundos la madera humeaba y se desintegraba debido a la corrosión de aquel líquido amarillento.

<¡Ja, ja, ja! —rió Visser Tres encantado—. ¿Estás dispuesto a rendirte, Hork-bajir? ¡Tú no eres un luchador! ¡Tú raza ha nacido para ser esclava!>

¡Rendirme? Una idea excelente. Con Bek en los brazos no podía atacar directamente a aquel espantoso monstruo alienígena que escupía ácido.

—¡Me rindo! —exclamé.

<Al suelo, entonces —replicó Visser—. Tengo que encargarme de los bandidos andalitas. ¡Al suelo boca abajo, esclavo! ¡Y agarra bien al pequeño!>

—Sí. Al suelo —dije, intentado sonar como un Hork-bajir, mientras me arrodillaba para tumbarme.

En ese momento a Visser Tres le entraron las prisas y quiso pasar por encima de mí, desesperado por alcanzar a los demás.

Pero pasó demasiado cerca. Un rápido y poderoso gesto con mi brazo, ¡CHAS! ¡CHAS! ¡CHAS!, y de repente, en lugar de ocho patas, Visser solo tenía cinco.

<¡Aaaarrrrgh!>, rugió de rabia y dolor. Se estaba cayendo, incapaz de soportarse con tres patas menos. Pero mientras caía, giró la cabeza y apuntó a bocajarro.

¡Apuntaba a Bek!

Tensando todos los músculos de mi cuerpo, rodé sobre Bek, interponiendo la espalda entre él y el ácido de Visser.

¡Sentí un dolor inimaginable! ¡Estaba ardiendo vivo! ¡Estaba en llamas!

No podía pensar, no podía dominarme.

Me puse en pie, tambaleándome y aullando de dolor, eché a correr hacia la laguna y me tiré al agua.

Agua. Bendita agua lodosa que diluyó el ácido antes de que me corroyera hasta la columna.

¡Qué alivio!

Pero de pronto me di cuenta de que Bek había desaparecido. Lo había perdido. Me levanté del estanque chorreando lodo y escudriñe frenético la orilla.

No había señales de Visser Tres o del *Kaftid*.

Ni de Bek.

<¡Nooooo!>, grité angustiado.

De las ruinas del safari de Frank salió un corpulento animal que corrió hacia el estanque. Al llegar a la orilla se detuvo y se alzó en toda su altura.

El oso pardo parpadeó con gesto miope.

<¿Tobias?>

<¡He perdido a Bek!>

<Sal del agua si no quieres perder también el trasero —gritó Rachel. ¡Dos cocodrilos van hacia ti!>

<¡He perdido a Bek!>, exclamé de nuevo.

<Olvídate de Bek. Los yeerks huyen, y nosotros también. Vienen para aquí la policía, los bomberos y varias ambulancias. ¡Hay que largarse!>

Había perdido al pequeño Hork-bajir. Los yeerks lo habían capturado. Tal vez le obligaran a revelarles el camino al valle secreto de los Hork-bajir. Tal vez lo convirtieran en controlador.

Y todo por mi culpa. Porque había dejado que el dolor me distrajera. Porque no había sabido concentrarme.

Era culpa del humano que había en mí. El humano que había en mí había dado demasiada importancia al dolor. Un halcón era mucho mejor en estas situaciones. A los halcones no les importa el dolor.

Me encontraba en la pradera. Amanecía, y el sol se alzaba tras el manto gris que la noche había tendido en el cielo.

Yo me moría de hambre.

¿Y por qué? ¿Por qué no había comido? Por culpa del humano que había en mí. ¿Cómo si no explicar la extraña confusión que sentía, las horribles visiones en las que yo mismo me convertía en mi presa?

Era algo humano.

Podía convertirme de nuevo en humano. En ese mismo momento. Podía transformarme en humano, sobrepasar el límite de las dos horas y nunca, nunca más tendría que matar para comer. Bueno... por lo menos no tendría que matar a los animales.

Una rápida metamorfosis, dos horas, y volvería al principio. Volvería a ser como ante. Humano. Tobias, un chico.

Desde que el elimista me devolvió mis poderes mórficos y me permitió adquirir mi propio ADN original, la cuestión había estado siempre en el aire. Rachel se la planteaba. Una vez incluso me lo sugirió: ¿por qué no me convertía en humano de nuevo?

Yo no había dado ninguna respuesta.

De pronto vi al otro halcón. Cada vez era más atrevido, más agresivo. ¿Cuánto tardaría en atacarme? Si yo hubiera sido un halcón auténtico, habríamos librado la batalla hacía ya tiempo. Incluso un halcón viejo y enfermo opondría más resistencia que la que yo había ofrecido hasta entonces.

El halcón volaba sobre la madriguera del conejo. De mi conejo. Él era puro halcón, un halcón auténtico, no una especie de monstruo con una garra en un mundo y la otra en otro.

<Eh, tú —llamé telepáticamente—. Sí, tú, halcón. ¿Por qué no te vas a invadir el territorio de algún otro?>

No hubo respuesta, por supuesto. Las palabras no significaban nada para él. No eran ni siquiera un ruido de fondo. Eran lo mismo que el silencio.

<Éstos son mis conejos, idiota. Largo de aquí. Ya sé que yo no me los como, pero siguen siendo míos. Sé que soy incapaz de cazar y matar como debería hacer un halcón, pero tampoco tienes que restregármelo por las narices. Por el pico.>

El hambre llegaba en oleadas.

Qué vida más miserable. Qué criatura tan asquerosa era yo. Para vivir como un halcón tenía que combatir a otro halcón. Un enfrentamiento entre aves. ¿Y por qué? ¿Por un conejo? ¿Por unos cuantos ratones? ¿Iba a luchar contra otro halcón por el derecho a matar y devorar roedores?

Antes no tenía elección, pero ahora sí. Estaba eligiendo vivir como halcón. Estaba eligiendo construir mi vida en torno a una miserable pradera y los patéticos roedores que había en ella.

Tal vez estaba loco.

Antes me decía que no tenía otro sitio donde ir, que nadie me quería, que no tenía parientes, no tenía familia. Ahora había aparecido esa tal Aria, una persona que se estaba tomando muchas molestias para encontrarme, alguien a quien yo le importaba.

Tal vez.

<¿Tobias?>

Pegué un brinco del susto. Al cabo de un instante reconocí la voz telepática de Ax y me tranquilicé. Ax venía a veces por allí. Éramos la pareja más rara de la galaxia: el alienígena y el chico pájaro.

<Eh, Ax-man, ¿qué haces ahí abajo?>

<Abajo es lo contrario de arriba. Aunque, por supuesto, esos términos no significan nada fuera del contexto de un campo concreto y localizado de gravedad.>

<Vaaaale.>

<¿Ha tenido gracia? Intentaba hacer un chiste.>

<Ah. Bueno... La verdad es que no soy la persona adecuada para contestar>, dije evasivamente, mirando a aquella extraña criatura que era mi amigo.

Cuando uno mira a un andalita, no hay manera de negar lo evidente: los andalitas no son de por aquí. Ax me miraba con uno de los ojos de sus cuernos. El otro vagaba a izquierda y derecha, inspeccionando la pradera.

<¿Has comido?>, me preguntó.

Yo podía haber mentido.

<No.>

<¿Qué pasa, hay pocas presas?>

<Sí, y demasiados depredadores.>

<Sí, ya he visto al otro miembro de tu especie.>

<Yo no tengo especie —repliqué—. Soy un monstruo único.>

Ax no tenía respuesta. No creo que los andalitas aprueben la lástima por uno mismo, ni cualquier otra emoción sin sentido.

<Lo siento —dije con un suspiro—. Es que tengo hambre y estoy de mal humor.>

<El hambre es una distracción —concedió Ax—. Puesto que los demás están en el colegio hoy, pensaba que a lo mejor podíamos investigar un poco a esa Aria.>

<Deberíamos estar buscando al pequeño Hork-bajir —repliqué con amargura—, no investigando a mis parientes.>

<La primera vez encontraste al Hork-bajir al seguir a la mujer.>

¿Acaso estaba Ax sugiriendo algo? No. Todo había sido mera coincidencia, ¿no era así? Aria era una fotógrafa profesional, había oído hablar de aquel extraño animal y había ido a verlo.

No podía ser una controladora. ¿Por qué se iba a quejar una controladora sobre el tratamiento que recibían los animales en el safari de Frank?

<Muy bien, Ax. De todas formas no tenemos otra cosa que hacer.>

Miré por última vez a mi adversario.

<Adelante —le dije—. Mira, te puedes quedar con la maldita pradera.>

Ax y yo nos transformamos por turnos en el tejado de los rascacielos, alejados de miradas curiosas.

Durante todo el día un ratonero de cola roja y un aguilucho volaron en torno al hotel Hyatt Regency. Cuando Aria salió a comer, nosotros la seguimos. Cuando visitó una exposición de fotografías en blanco y negro, yo me transformé en humano para entrar con ella.

La estuvimos siguiendo durante horas. Esperando, vigilando por si se ponía en contacto con algún controlador que conociéramos, atentos por si intentaba visitar la piscina yeerk oculta bajo nuestra ciudad.

Cualquier yeerk tiene que volver a una piscina yeerk cada tres días. No podíamos estar vigilando constantemente a Aria durante tres días, pero sí era posible seguirla durante mucho tiempo.

No visitó la piscina yeerk.

Después de ocho horas de vigilancia la habíamos visto comer, leer el periódico, pasear por el parque, volver al hotel y salir de nuevo varias veces.

Nadie había hablado con ella.

No averiguamos nada. Nada en absoluto, excepto que su habitación del hotel parecía gustarle mucho. Solía salir a ratos, pero volvía cada dos horas más o menos. Dejaba las cortinas abiertas, así que podíamos espiarla sin problemas, menos cuando entraba en el baño y cerraba la puerta.

<¿Qué hay detrás de esa puerta?>, quiso saber Ax.

<El baño —contesté—. El retrete y esas cosas.>

<Ah. ¿Acaso es que no hay... servicios excepto en el hotel?>

<Claro que sí. Pero creo que las mujeres son más escrupulosas que los hombres a la hora de utilizar los servicios públicos.>

<¿Por qué?>

<Pues la verdad es que no lo sé. Probablemente porque ellas tienen que sentarse para hacer pis.>

Ax no sabía de que le estaba hablando, pero no insistió. Además, en ese momento, Aria se disponía a salir de nuevo. La alcanzamos fuera del hotel. Iba caminando deprisa por la acera. Debían de ser las tres de la tarde, y era hora de que volviéramos a reunirnos con Jake y los demás.

Y entonces sucedió. Una niña se apartó de su madre, dio media vuelta y salió corriendo por la calle. Un autobús se dirigía a toda velocidad hacia ella.

<¡Cuidado!>, grité por puro instinto.

La madre lanzó un chillido, pero estaba demasiado lejos.

Aria volvió la cabeza y vio que estaba a punto de suceder un accidente. Tiró la

cámara y salió disparada, como un jugador de rugby. Se arrojó contra la niña, la tiró al suelo y las dos rodaron a la estrecha mediana de cemento, en mitad de la carretera.

La madre llegó corriendo. La pequeña lloraba, pero parecía estar bien. Aria se levantó y se sacudió el polvo.

<Acaba de salvarle la vida a esa niña>, observé.

<Sí, y podía haberse matado.>

<Dios mío. Es humana de verdad. ¡Ningún controlador habría hecho eso!>

<No —convino Ax—. Está muy claro que Aria no se comporta como un controlador. Está clarísimo.>

Había algo en sus palabras que me inquietaba, pero se me olvidó con la oleada de emociones que tenía en ese momento.

Había imaginado que todo aquello era una trampa. Había supuesto que Aria era una controladora.

Pero no lo era. Era lo que ella decía: una mujer humana que buscaba a su primo perdido, Tobias.

Mi última excusa para seguir siendo halcón, para negarme a ser humano de nuevo, se había desvanecido. Ahora podría tener una casa. Ahora podría tener una familia.

Era verdad. Todo era verdad.

Tendría una familia, como cualquier ser humano. ¡Tendría un hogar!

No tendría que matar para desayunar. No tendría que comer carroña. Dormiría en una cama. Y Rachel me miraría sin tener que disimular la compasión.

Esa noche volé a la habitación de Rachel. No podía dormir. Además, estaba muerto de hambre. Pero cazar era lo último que se me pasaba por la cabeza.

Rachel se había acostado temprano, pero tenía la ventana abierta. Entré por ella y me posé sobre la mesa. Cuando me di cuenta de que Rachel estaba dormida me dispuse a marcharme.

—No, espera. No te vayas. —Rachel se incorporó en la cama, frotándose los ojos. No encendió la luz, lo cual fue un alivio para mí, no sé por qué—. No has venido a la reunión.

<Ya. Lo siento. ¿Qué habéis decidido hacer con el asunto de Bek?>

Rachel se arregló el pelo.

—A Jake se le ha ocurrido que los yeerks probablemente intentarán utilizarlo como cebo para atrapar a los demás Hork-bajir libres.

<¿Sí?>

—¿Te acuerdas de las instalaciones yeerk de las que te hablaron los Hork-bajir, aunque no quisieron revelarte dónde estaban? Jake imagina que llevarán allí a Bek.

<O por lo menos eso quiere creer Jake —repliqué resentido—. Jara, Ket y Toby me confiaron esa información en secreto. Tal vez Jake sólo está buscando una excusa para obligar a los Hork-bajir a revelar el paradero de ese lugar.>

Rachel me miró como si fuera a discutir, pero de pronto se echó a reír.

—Puede ser. Jake se está volviendo cada vez más sutil. Pero no importa. El caso es que no tenemos ninguna otra pista. O bien Bek está en las instalaciones, o está en la piscina yeerk o está muerto. En cualquier caso, mañana vamos a ir a plena luz del día. En el colegio han suspendido las clases porque hay una conferencia de profesores.

Yo di un respingo.

<Les prometí a Jara y Ket que rescataría al pequeño Hork-bajir.>

—Y casi lo conseguimos. No es culpa tuya que los yeerks lo atraparan.

Yo no dije nada. Había sido culpa mía, pero no tenía sentido ponerme a discutir con Rachel.

<Ax y yo hemos estado siguiendo hoy a Aria.>

—Sí, Ax nos dijo algo.

<Yo... creo que Aria dice la verdad. Aunque no es que importe mucho. Quiero decir que...>

Rachel salió de la cama y se sentó a la mesa cerca de mí.

—Pues claro que importa, Tobias. Es tu familia. Y quiere hacerse cargo de ti.

Yo fingí una carcajada.

<Sí, sería genial: «Hola, prima Aria. Soy yo, Tobias. No, aquí, soy un pájaro. Sí,

tu primo es un ratonero. ¡Sorpresa!»>

—No tiene porque ser así.

Yo me hice el despistado.

<¿Qué?>

—Tobias, tú tienes el poder de volver a ser humano. Humano del todo.

<Ya.>

—Puedes acercarte a Aria como humano. Puedes volver a ser Tobias. Puedes tener una familia, alguien que cuide de ti.

<Yo no necesito que nadie cuide de mí.>

Rachel se incorporó de un brinco.

—¡Tobias! ¡No te hagas el tonto! Tú sabes lo que quiero decir.¿Crees que no sé que estás pasando hambre? Se te nota con sólo verte. Últimamente tienes problemas. El otro día te vi... Mira, es igual.

Yo tenía el corazón en la garganta.

<¿Qué?! —casi grite—. ¿Me viste qué? ¿Me viste comiendo... carroña? ¿Y qué? ¿Acaso los humanos no hacéis lo mismo? ¡Vosotros vais al supermercado y compráis carne de ternera, de cerdo o de pollos que llevan muertos varias semanas!

—¡No seas idiota! Me da igual que comas carroña. A mí me importas tú. Y si te veo haciendo eso, sé que tienes problemas. Pero tú te encierras en tu pequeño mundo de halcón y no dejas que nadie te ayude. Prefieres morirte de hambre. Ni siquiera puedes admitir que tu vida es un asco, porque entonces te sientes débil.

<Soy un halcón —salté—. Un ave de presa. Cuando somos débiles, nos morimos. Es la ley para nosotros. Yo ya no soy un ser humano. Un halcón no recibe ayuda de nadie. Un halcón vive gracias a sus ojos, sus alas y sus garras.>

—¿Qué tú eres un halcón? —se burló Rachel—. Tú hablas, Tobias. Lees, tienes emociones. Ésos son rasgos humanos, no cosas de halcones.

<¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¿Te crees que no lo sé? Por eso paso hambre. Porque no soy un halcón auténtico. Por eso dejé que Bek se me escapara, porque mi parte humana dio más importancia a mi dolor y a mi miedo que a mi tarea.>

—Eso es una tontería —me contestó Rachel enfadada—. No tiene ningún sentido. ¿Sabes una cosa? Tienes que tomar una decisión. Puedes ser un halcón, pero nunca, jamás de los jamases llegarás a ser un halcón puro, un halcón de verdad. Si quieres seguir siendo halcón, siempre estarás como estás ahora: confuso, desconcertado, desgarrado por dentro. Nunca sabrás lo que eres de verdad. Pero por otro lado... puedes volver a ser humano. Humano del todo. Puedes vivir con aria, comer en una mesa y dormir en una cama.

<Y no volar nunca más —repliqué—. No volver a volar. No volvería a transformarme. Ya sé que todos vosotros me trataríais bien, pero os perdería. Dejaría de ser un animorph.>

—A mí no me perderías.

Durante un largo rato nos quedamos en silencio, hasta que por fin Rachel susurró:

—¿Qué tengo que hacer yo, Tobias? Soy una chica. Tú eres un ave. Esto va mucho más allá de Romeo y Julieta, Capuletos y Montescos. Esto no es un romance entre Kate Winslet y Leonardo DiCaprio. No es que tú seas negro y yo blanca, como pasa con Cassie y Jake. Sólo los cretinos dan importancia a esas cosas. Pero es que nosotros... No nos podemos ni dar la mano, Tobias. No podemos bailar. No podemos ir juntos al cine.

<Yo... dios mío, Rachel, ¿te crees que no he pensado en todo eso? ¿Te crees que no me gustaría tener todo eso? Pero no puedo estar cambiando constantemente. No puedo estar convirtiéndome todo el rato en algo diferente.>

—Sólo un cambio más, Tobias. Vuelve a ser humano. Quedarás libre de esta estúpida guerra, libre de los peligros de la vida de halcón. Yo no tendría que volver a preocuparme por ti.

No pude soportarlo más. Era demasiado. Si no me marchaba, iba a explotar. No podía estar tan cerca de ella...

Me di la vuelta para salir volando.

—A propósito, Tobias, tu cumpleaños es mañana. Marco ha estado mirando las fichas del colegio. Mañana tienes que ver al abogado y a Aria. Pase lo que pase, sea cual sea tu decisión, ven a verme después, ¿de acuerdo? A lo mejor podemos celebrarlo con un pastel, y con velas.

Abrí las alas y eché a volar.

Esa noche no dormí mucho. La conversación con Rachel no me había dejado muy tranquilo que digamos.

Por la mañana, al cabo de un par de horas, iríamos todos a ver a los Hork-bajir para preguntarles dónde estaban aquellas instalaciones secretas de los yeerks. Les diríamos que los yeerks tenían allí a Bek. Tal vez incluso fuera verdad.

Habría una batalla.

Tal vez sobrevivieramos. Tal vez no.

Y luego yo tendría que librar una batalla muy distinta. Una batalla conmigo mismo.

¿Halcón o humano? ¿Qué era yo?

Estaba posado en mi árbol, mirando la pradera. El hambre era terrible, tanto que me sentía débil. Si no comía no tendría fuerzas para volar hasta el valle de los Hork-bajir. No sobreviviría en la batalla.

¿Pero era eso tan importante? ¿No había hecho ya suficiente? ¿No había pagado un precio bastante alto?

Podría transformarme en humano. Ser un humano para siempre. Comer como un humano, sin luchar por mi territorio, sin luchar con los yeerks.

Y podría tener a Rachel.

Era una decisión, muy fácil. Hasta un idiota sabría la respuesta. ¡Sé humano! ¡Sé humano!

En ese momento capté un movimiento en la hierba bajo la tenue luz del amanecer. El conejo salía para comer. Pero ahora se comportaba con mucha cautela. Ya había perdido una cría.

Entonces vi al otro halcón. Estaba esperando, vigilándome. Y supe que había llegado el día. El halcón notaba mi debilidad, sabía que podía vencerme.

Yo estaba temblando. Sentía una combinación de hambre, miedo y otras muchas innumerables emociones.

Veía claramente a los conejos. Eran mis presas. Debería lanzarme sobre ellos, pero sabía la terrible visión que me aguardaba. Sabía que al descender sobre mis presas yo me convertiría en ellas.

Era el humano que había en mí. ¡Tenía que luchar contra ello! Si quería ser un halcón tenía que destruir la parte de mí que sentía, que lloraba por las criaturas que mataba. Ningún depredador puede sentir compasión por sus presas. No debía permitirme sentir el terror que yo mismo infligía, sentir el dolor que yo mismo provocaba.

<Ya está bien —le dije al otro halcón—. Esto es una tontería. ¡No voy a luchar contra ti! No voy a matar a esas criaturas indefensas. Estoy harto. ¡Soy un ser

humano!>

Bajé volando al suelo y comencé a transformarme. ¡Me iba a convertir en persona!

«No, todavía no —me dije—. Los otros todavía cuentan conmigo. Los Hork-bajir cuentan conmigo. Más tarde. Después de la batalla. Entonces me transformaré en humano y me iré con Aria.»

Batí las alas y me elevé. Necesitaba comida y acababa de ver u gato atropellado. Sería la última vez. Luego podría olvidarme de todo.

Sería la última vez que comía carne muerta en la carretera. La última humillación. La última batalla. Luego todo habría terminado para siempre.

Al fin y al cabo era mi cumpleaños. Un buen día para nacer de nuevo.

Bajé junto al gato y comí todo lo que pude.

Los animorphs estábamos frente a los hork-bajir. Yo me posé sobre una rama y hablé por todos. Explicué que suponíamos que Bek estaba en la instalación que los hork-bajir habían estado atacando.

—Es una trampa —dijo Toby.

<Sí.>

—¿Y vosotros queréis meteros en esa trampa?

<No tenemos otra opción. Liberaremos a Bek. Sólo necesitamos que nos digáis el lugar exacto de las instalaciones.>

Toby lo pensó un momento. Se me hacía extraño hablar con un hork-bajir que pensaba y hablaba a mi nivel. De hecho, a veces un poco por encima de mi nivel.

—Iremos contigo —dijo Toby por fin.

—No, no —terció Jake—. Tenemos que ir solos. Además, sólo vamos a rescatar a un pequeño hork-bajir. No necesitamos un ejército.

—Esto es una trampa —insistió Toby—. Pero es una trampa porque los hork-bajir esperan que nosotros vayamos a por Bek. Tenemos que hacer lo inesperado. Debemos sorprenderlos, aunque nos metamos en su trampa.

Jake me miró sorprendido.

<Ya te lo había dicho: Toby no es una hork-bajir cualquiera>, comenté con telepatía privada.

—Los yeerks esperan una misión de rescate. O por lo menos una incursión como las que ya hemos realizado otras veces. Esperan que entremos por sorpresa y salgamos rápidamente para desaparecer en el bosque —explicó Toby.

—¿Qué es lo que propones? —preguntó Jake.

—¡Atacar! —exclamó Toby con una expresión dura en el rostro—. Destruir toda la instalación. Aunque eso signifique destruir a otros hork-bajir. Aunque eso signifique perder a Bek.

Hasta yo me quedé impresionado.

<Eso es muy duro, Toby.>

Ella sonrió, sombría.

—No debemos permitir que los yeerks piensen que pueden utilizar a los rehenes para amenazarnos.

—¿No estamos perdiendo de vista nuestro principal objetivo? —terció Cassie—. Se trata de rescatar a Bek.

—No —insistió Toby—. Se trata de derrotar a los yeerks. Debemos ser fuertes. Una vez que liberamos a un hork-bajir, no debe ser capturado de nuevo.

—¿Tú crees que los yeerks os respetarán? No es así. Os atacarán todavía con más fuerza —señaló Cassie.

Toby asintió.

—Es cierto. Pero tendremos el respeto de los hork-bajir. Los necios son fuertes para que otros lo vean. Los sabios son fuertes ante ellos mismos. Los hork-bajir serán fuertes por los hork-bajir. De ese modo, cuando los yeerks hayan desaparecido, todavía seremos fuertes.

—En eso tienes razón —convino Jake.

Marco se adelantó un paso y señaló con el pulgar a Rachel.

—Toby, te presento a Rachel. Las dos podéis ir juntas al psiquiatra.

—Es verdad —dijo Rachel. Cuando alguien te empuja, tú tienes que empujar más fuerte. No importa quién sea. El otro tiene que pagar un precio.

Cassie puso los ojos en blanco.

—Eso es un argumento perfecto para una guerra entre gángsteres.

—Mira lo que pasó en la Segunda Guerra Mundial —contestó Rachel—. Cuando los nazis atacaron, los aliados tuvieron que contraatacar. Si no lo haces, te matan.

—¿Y en Irlanda del Norte? ¿Y en Oriente Medio? —dijo Cassie.

—Ellos mandan a uno de los tuyos al hospital, tú mandas a uno de los suyos al depósito de cadáveres —interrumpió Marco—. Es el estilo de Chicago.

Cassie y Rachel lo miraron sin decir nada.

—Sean Connery en *Los intocables* —replicó él con tono incrédulo—. ¿Pero es que vosotros no veis la tele?

—Ah, Sean Connery. Creía que estabas imitando a Urkel —se burló Cassie.

—Marco es Urkel —dijo Rachel.

Toby tardó sólo unos minutos en reunir a los hork-bajir. Diez de ellos vinieron con nosotros. Hubieran venido más, pero insistimos en que algunos debían quedarse atrás. Por si acaso.

Diez hork-bajir y seis de nosotros. No éramos exactamente un ejército. Pero tampoco una fuerza despreciable.

Si yo respetaba mi decisión de convertirme en humano, sería mi última batalla.

Atravesamos el valle hasta el extremo más lejano. Era una buena caminata. El valle era grande, lo suficiente para albergar a muchos más hork-bajir. El ellimista había sabido elegir bien el lugar.

—Yo lucha contigo —me dijo de pronto un hork-bajir a quien no conocía.

<¿Qué?>

—En estanque yeerk. Antes. Yo lucha contigo —sonrió, señalando una fea cicatriz que tenía en el ojo izquierdo. Luego, mediante gestos, representó a un ave que le arañaba la cara con las garras—. Fal Tagut dice«¡aaaaaaaaah!».

<¿Eso hice yo? Vaya, lo siento.>

—¡No siento! Fal Tagut no libre.—Se dio unos golpecitos en la cabeza con la garra—. Fal Tagut tiene yeerk. Ahora libre. ¡Bien! Hork-bajir y humanos amigos.

Toby dice.

Era un largo discurso para un hork-bajir. Fal Tagut parecía agotado.

Yo me planteé la idea de los hork-bajir y los humanos viviendo codo con codo si los yeerks salían derrotados. Los humanos no son famosos precisamente por su gran tolerancia con seres diferentes a ellos. Los seres humanos se han matado unos a otros por el color de la piel o la forma de los ojos, o porque rezaban de formas distintas al mismo Dios.

Es difícil imaginarse a los humanos dando la bienvenida a criaturas de dos metros de altura en la tropa local de los scouts, cuando ni siquiera pueden tolerar a un chico un poco afeminado.

Cuando nos atacan hay que contraatacar. Toby ya lo había visto. Ella sabía que los hork-bajir tenían que ser fuertes para defenderse contra los seres humanos una vez que hubiéramos derrotado a los yeerks.

Cuando nos atacan hay que contraatacar. Es la única manera.

No, no es la única manera. Hay otro camino. El camino que comienzan el ciclo. Es el tipo que al despertarse por la mañana decido que no puede pasar el día sin encontrar a alguien a quien hacer daño, a quien insultar, a quien herir.

Pero ¿cuál es entonces nuestra posición? ¿Hay que dejar que los matones dicten nuestro comportamiento? ¿Tenemos que rebajarnos siempre al nivel del primer imbécil que se nos pone delante?

De pronto me acordé del otro halcón, el que quería mi territorio. Ahí estaba: atacar y contraatacar. Pero no era una buena comparación, al fin y al cabo. El halcón no era humano. Todo lo que hacía era por instinto. No se le podía culpar por hacer lo que es natural.

Claro que tal vez los seres humanos no son distintos de los halcones a ese respecto. Tal vez tampoco se puede culpar a un animal humano por ser animal. Excepto que mi halcón enemigo no tenía elección, no tenía libre albedrío. Nunca oíría decir: «Bienaventurados los pobres de espíritu», ni «Todos los hombres nacen iguales».

De pronto se me ocurrió, por primera vez, que lo que yo pensaba que era tan único en mí (el hecho de ser medio ser humano y medio ave de presa), no era tan único después de todo.

Todos los seres humanos (Jake, Rachel, Marco, Cassie, todos) viven en cierto modo en esa frontera entre lo santo y lo salvaje. Y el caso es que a veces, cuando nos atacan hay que contraatacar. Y otras veces hay que poner la otra mejilla.

Miré de nuevo la cicatriz de Fal Tagut. Se la había hecho yo. En aquel momento había intentado matarle porque él intentaba matarme a mí. Ahora estábamos del mismo lado.

Supongo que todo consiste en saber cuándo hay que luchar y cuándo hay que

ceder. Es una cuestión de equilibrio. Y aunque yo volviera a ser del todo humano en cuerpo y alma, tendría que seguir buscando el equilibrio.

Tal vez esa idea debería haber hecho que me sintiera mal. Pero no fue así. Sólo me sentí humano.

<Es una especie de arsenal —dijo Ax, intentando disimular el enfado en su voz—. El rayo dragón está ya en su lugar. Sólo tienen que colocar los sensores para ponerlo a funcionar,>

Nos encontrábamos al borde de una hondonada perfectamente redonda excavada en la tierra. A nuestro alrededor se alzaba un denso bosque. Cualquiera que se acercara por tierra o por aire vería un denso bosque. La ilusión de la proyección holográfica era perfecta, hasta que uno se acercaba lo suficiente. Y si algún excursionista se acercaba lo suficiente, lo más probable es que nunca volviera para contarlo. Las patrullas de controladores humanos y hork-bajir se encargarían de ello.

De hecho una patrulla nos había interceptado. Y ahora lo estaba lamentando. Los controladores humanos estaban todos bien atados y colgado de la rama de un árbol muy alto. Los hork-bajir no son precisamente genios, pero son muy buenos con las lianas, las raíces y los árboles en general. Aquellos controladores no iban a ir a ninguna parte durante un buen rato.

Los controladores hork-bajir, cuatro de ellos, estaban inconscientes, con la cara metida en agujeros en el suelo. Por lo visto aquello mantenía a los hork-bajir inconscientes por más tiempo. Estos cuatro vendrían con nosotros, Al principio de mala gana, pero al cabo de tres días o menos, cuando los yeerks de sus cerebros hubieran muerto por falta de rayos kandrona, contaríamos con cuatro hork-bajir libres.

Habíamos atravesado el holograma y ahora mirábamos con cautela desde el borde del enorme agujero que los yeerks habían excavado. En el centro había una sola estructura que parecía una central de energía o algo así. Estaba hecha de acero y trozos de otros materiales que sobresalían en extraños ángulos. En lo alto de la estructura se veía lo que parecía un monumento en miniatura montado sobre una base giratoria.

<¿Es eso el rayo dragón? —pregunté—. Nunca había visto uno tan grande.>

Ax me enfocó con el ojo de su cuerno.

<Lo del tamaño es vergonzoso, de verdad. Si los yeerks supieran algo de ingeniería podrían tener un arma de la misma potencia tres veces más pequeña.>

<¿Es muy potente?>.

<Podría vaporizar montañas enteras, o vuestra luna. O destruir una nave andalita en órbita.>

—¿Se puede apuntar con él hacia abajo, al suelo? —quiso saber Jake.

Ax examinó el arma y esbozó esa extraña sonrisa sin boca de los andalitas.

<Sí.>

—¿Cómo vamos a bajar hasta ahí? —preguntó Rachel.

—Si vamos volando nos verán y nos dispararán —señaló Cassie.

<¿Qué harían si capturasen a un puñado de hork-bajir libres?>, dije yo.

Toby me miró asintiendo con la cabeza.

—Nos encerrarían hasta poder convertirnos de nuevo en controladores, hasta que pudieran llevarnos al estanque yeerk.

—Saben que la otra noche estábamos en el safari de Frank —observó Marco—. De modo que no ignoran que tenemos algún contacto con los hork-bajir libres. Y si han traído a Bek aquí significa que están esperando que vengamos a rescatarlo.

—Bueno, Visser Tres sabe que estamos relacionados con los hork-bajir libres. ¿Pero o sabe quien sea que dirija este proyecto? —planteó Cassie—. Tal vez sí, o tal vez no.

—Cuando habéis realizado alguna incursión en este lugar —preguntó Jake A Toby—, ¿cuántos de vosotros veníais en cada misión?

—Por lo general tres o cuatro. No queríamos poner a todos en peligro.

Jake sonrió.

—Entonces enviaremos a tres o cuatro hork-bajir. Parecerá que es una incursión como las anteriores. Sólo que estos cuatro hork-bajir llevarán pasajeros a bordo. Primero se resistirán, pero luego se dejarán atrapar. Sólo entonces nos transformaremos y atacaremos.

Marco lanzó un gruñido.

—¿No nos iremos a convertir en pulgas otra vez, verdad? Odio ser una pulga.

Lo decía con razón. Marco había estado a punto de quedarse atrapado en la forma de pulga. Una cosa es quedarse convertido en halcón para siempre, ¡pero una pulga! Preferiría estar muerto.

Rachel se echó a reír.

—Elige un insecto cualquiera —dijo—. Pulga, mosca, mosquito. Da igual.

—Sí, ya —masculló Marco—. Cuando me convertí en hormiga casi me devoran, cuando fui pulga casi me quedo atrapado. La verdad es que no guardo muy buenos recuerdos de los insectos.

—A mi una vez me aplastaron cuando era mosca —comentó Jake, como si con eso nos fuera a tranquilizar.

Al final, después de discutir un rato, cuatro hork-bajir se dirigieron hacia la instalación yeerk. Llevaban encima una buena colección de insectos: una pulga, un mosquito, dos cucarachas, una libélula y una araña. Marco era la araña.

Yo me transformé en pulga.

Son asquerosas, casi ciegas, bichos descerebrados y chupasangre, pero ¿habéis intentado alguna vez matar a alguna? Podéis pasaros el día intentándolo sin llegar a ningún sitio.

Por desgracia no podía ver nada desde mi puesto, en la base del cuerno frontal de

Jara Hamee. Y quiero decir que no veía ni torta. Pero iba oyendo una rápida descripción de lo que pasaba gracias a la telepatía de Marco. Al fin y al cabo él tenía ocho ojos.

<Muy bien, ahora estamos entrando.>

Unos minutos más tarde:

<Creo que ya veo a Bek. Está en una jaula, al aire libre. Pero nadie lo vigila.>

A continuación:

<Jo, los yeerks no tienen ningún respeto por los hork-bajir. Quiero decir que hasta un niño de dos años se daría cuenta de que esto es una trampa. ¡Es que no han hecho ni el más mínimo esfuerzo! Podían haber puesto guardias o algo así.>

De pronto sentí una violenta sacudida que se transmitió por todo el cuerpo de Jara.

<A ver si lo adivino: nos han atrapado.>

<Sí, nos han atrapado>, corroboró Marco con tono satisfecho.

<Muy bien, por lo que puedo ver con mis ojos simples y compuestos, estamos en una jaula —informó Marco—. Los barrotes son gordísimos, pero la cerradura es muy convencional, una cerradura humana. Bek está aquí, abrazado a Jara Hamee.>

<¿Son muy fuertes los barrotes?>, quiso saber Cassie.

<¿Tú qué barrotes pondrías para enjaular a varios hork-bajir?>

<Ya, o sea que son fuertes.>

<Tenemos que forzar la cerradura>, dijo Marco.

<¿Tú crees? —se burló Rachel—. Oye, con tu inteligencia podrías ser nuestro «vidente».>

<Ja, ja. Muy graciosa.>

<Los hork-bajir tendrán que ocultar a quien vaya a transformarse>, propuso Jake.

<Ése soy yo —me ofrecí—. Soy el más pequeño y el más fácil de esconder.>

Nadie discutió, porque era cierto. Flexioné mis patas de pulga y di un brinco en el aire, caí durante lo que me pareció muchísimo tiempo, hasta que por fin aterricé.

¡Pft!

Probablemente había caído miles de veces mi propia altura, como si un ser humano saltara desde un rascacielos. Pero aterricé como si nada.

Enseguida empecé a transformarme muy despacio. Crecí como unos tres centímetros y me detuve.

<Jara Hamee, ¿me ves?>

—Jara ve bicho.

<Soy yo.>

—¿Tobias? ¿Tobias es bicho?

En ese momento deseé que Toby hubiera venido con nosotros. No lo habíamos permitido porque es demasiado valiosa para correr riesgos.

<Sí, yo soy el bicho. Jara, tienes que decir a los otros hork-bajir que me escondan. Formad un círculo a mi alrededor.>

—Sí.

Seguí transformándome hasta convertirme en un monstruo de quince centímetros con plumas saliendo de una armadura color rojo óxido. No era una visión muy agradable, os lo aseguro. Mi boca era una especie de cruce entre un pico de halcón y la trompetilla con la que una pulga chupa sangre.

Claro que ahora tenía ojos. La visión era tenue, débil, pero veía al fin y al cabo. Miré a mi alrededor y suspiré.

<No, Jara. Tenéis que mirar hacia fuera. Así es evidente que estáis escondiendo algo.>

Los hork-bajir se dieron la vuelta y yo terminé de transformarme.

Estaba totalmente oculto entre el bosque de piernas y colas que me rodeaba. Ahora lo único que tenía que hacer era abrir la cerradura. Sin dedos.

Varios guardias nos vigilaban. Ahora que la trampa había saltado, seis hork-bajir armados hasta los dientes hacían guardia en torno a la jaula.

Pero nuestra prisión estaba a la sombra de una empinada pendiente que llevaba al rayo dragón. Era una pared casi vertical de unos quince metros de altura, un montículo en el centro de la hondonada redonda.

De vez en cuando veía hork-bajir y taxxonitas en la cima de la pendiente, pero ellos tendrían que haber mirado casi hacia sus pies para vernos.

En la pendiente habían construido una carretera bastante grande para camiones humanos. Tendríamos que subir por ella para llegar hasta el rayo.

Salí caminando por la parte trasera de la jaula. Los halcones no somos muy rápidos con nuestras patas pero sabemos andar. Pasé cómodamente entre los barrotes.

Un controlador hork-bajir me miró perplejo, pero enseguida apartó la vista. Yo también me quedé mirando a él. ¿Cómo iba a conseguir quitarle la llave? ¿Qué tenía que hacer, pedírsela tranquilamente?

Claro que...

Me metí detrás de un cobertizo de herramientas. Siempre me resulta extraño ver a los yeerks utilizando cosas cotidianas humanas. Aquello era como uno de los cobertizos que uno ve en cualquier jardín.

Me metí detrás y comencé a transformarme.

Me convertí en algo que no resultaría nada raro en aquel entorno.

Me convertí en Ket Halpak.

Salí con mucha seguridad de detrás del cobertizo y me acerqué al hork-bajir que parecía estar al mando.

—Quieren verte —dije.

—¿Quién?

Yo señale con la cabeza el edificio principal.

—Ellos.

Es una de las cosas con las que siempre se puede contar en este mundo: siempre hay un «ellos».

El hork-bajir frunció el ceño. El yeerk de su cabeza estaba medio molesto, medio asustado.

—Visser todavía no ha llegado, ¿verdad?

Yo volví la cabeza, como si no pudiera decir más. Ahora el hork-bajir estaba molesto en un diez por ciento y asustado en un noventa por ciento.

Entonces tendí la mano.

—Dame la llave.

Fue así de sencillo. El hork-bajir me entregó la llave y yo abrí la jaula.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó otro controlador hork-bajir.

Yo me volví hacia él y le lancé un buen gancho a la mandíbula.

Los otros cuatro guardas vacilaron un segundo. El tiempo suficiente para que Jara Hamee y los demás salieran como una exhalación de la jaula. De pronto vi que algo crecía muy deprisa en el suelo. Todavía era medio mosquito, pero la cola que salía de él era inconfundible.

El combate fue brutal, pero breve. Cinco hork-bajir, incluido yo mismo, contra los cuatro vigilantes. Luego Ax se unió a la lucha, y al cabo de un minuto todo había terminado.

Metimos a los guardas en la jaula y los dejamos encerrados. Luego asumimos nuestras formas de combate. Yo recuperé mi cuerpo de halcón, para poder vigilar desde las alturas. Aproveché una ráfaga de brisa para elevarme unos cuatro metros y desde allí observé a nuestra pequeña fuerza de asalto: cuatro hork-bajir libres, un tigre, un lobo, un gorila, un andalita y un elefante enorme.

Un batallón de lo más curioso.

<Lo mejor de todo es que los prisioneros ya pueden gritar todo lo que quieran. Los yeerks creerán que se trata de nuestro hork-bajir>, comentó Cassie.

<De momento todo va bien —dijo Jake—. Pero tenemos cosas que hacer.>

<¡Vaya!; Pero si parece John Wayne!>, se burló ahora Marco.

Jake no hizo caso.

<Tenemos que volar el rayo dragón. Deprisa y en silencio. Hay que llegar hasta allí antes de que nadie tenga tiempo de reaccionar.>

Por un momento se produjo un silencio.

<¡Rachel! —exclamó Marco de pronto—. ¿A qué esperas?>

<Ah, se me había olvidado —replicó ella. Y entonces, al verdadero estilo Rachel, grito—: ¡Vamos allá!>

<Gracias —dijo Marco—. No podemos lanzarnos a otra estúpida misión suicida sin las bendiciones de la loca de Xena, la princesa guerrera.>

Entonces nos pusimos en formación y a una señal de Jake salieron todos corriendo, sin intentar ocultarse, disparados para llegar al rayo dragón antes de que pudieran surgir problemas.

Pero yo, desde el aire y con mis ojos de halcón, vi que los problemas ya habían surgido.

Mis amigos corrían por la empinada pendiente. Estaban justo detrás de un enorme camión, prácticamente ocultos de los yeerks que trabajaban en la cima de la pendiente. Pero no eran invisibles, no para el helicóptero que se acercaba sobre los árboles.

Era un helicóptero pequeño, de esos en los que sólo cabe un piloto y un pasajero...un pasajero humano, claro. Ningún alienígena habría cabido allí.

El hork-bajir que me había dado la llave parecía pensar que Visser Tres estaba a punto de llegar. Debía de ir en aquel helicóptero.

El sol caía sobre él, ocultando a la persona que iba dentro. Un águila o un aguilucho habrían visto mejor. Están adaptados para ver a través del reflejo del sol en el agua. Pero yo sólo veía el perfil de una figura humana, un dedo señalando a mis amigos y el destello de una coleta.

¡Aria!

El helicóptero pasó sin verme dándome una sacudida con la corriente de sus hélices, y desapareció al otro lado del montículo.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

¿Cómo había sido tan tonto para tener esperanzas? Debería haberlo sabido. Me había dejado cegar por mi patético deseo de ser normal.

¡Todo había sido fingido! ¡Cuando Aria salvó a la niña sólo estaba actuando! Había sido un espectáculo dedicado a cualquier animorph que estuviera observando.

Estaba furioso conmigo mismo. No hacía más que reprocharme mi estupidez.

La rabia era buena. La rabia me daba seguridad. La rabia era mucho mejor que las otras emociones que amenazaban con desbordarme.

<¡Idiota! ¡Eres un idiota! —grité—. Cada dos horas Aria se metía en el baño de su habitación. ¡Idiota! ¿Cómo no te diste cuenta, precisamente tú? ¿Cómo no supiste lo que eso significaba?>

¡Dos horas! ¡Dos horas de metamorfosis!

¡Aria se transformaba cada dos horas!

Me sentía tan mal que apenas podía batir las alas. No podía pensar. No veía. Todo daba vueltas a mi alrededor.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que aquella esperanza significaba para mí. Un hogar. Una familia.

<¡No para ti, Tobias, idiota! ¡Estúpido! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Ojalá estuvieras muerto!>

No podía volar. Aterricé bruscamente y me quedé en el suelo, repitiéndome una y otra vez:

<Te odio, Tobias. Te odio. Quiero que te mueras.>

En mi vida como humano, o como pájaro, nunca había estado tan deprimido. Sabía que mis amigos estaban combatiendo. Sabía que me necesitaban. Pero no podía...

No podía.

De pronto una mano me agarró

—Ven conmigo, Tobias. El arma está a punto de explotar.

Era Toby. En algún rincón de mi mente me pregunté cómo había llegado hasta allí, por qué. Más tarde me enteraría de que la batalla había ido mal para mis amigos y que Toby acudió al rescate con los demás hork-bajir.

Ella me había visto caer y me salvó. Y cuando estuvimos en lugar más seguro, me dejó con Rachel.

¿Cómo sabía Toby que debía dejarme con ella? No lo sé. Lo único que sé es que Rachel me llevó en brazos hasta que estuvimos a salvo.

Me llevaron al granero. Cassie me miró, me levantó las alas, me extendió las plumas. Buscaba alguna herida.

—Tobias, ¿te han disparado? —me preguntó perpleja.

Para hablar tuve que sacar cada palabra de un pozo muy hondo, como si pesaran mil kilos.

<No>, contesté.

—¿Entonces qué pasa? —quiso saber Jake.

<Es Aria.>

—¿Tu prima? ¿La mujer que quiere acogerte?

<Es una metamorfosis —dije sin ningún asomo de emoción—. Todo era una trampa. Aria es Visser Tres —Entonces me eché a reír—. ¿La mujer que iba a ser mi familia? ¡Es Visser Tres! ¡Ja, ja, ja! Tiene gracia. Tiene muchísima gracia.>

Pero no tenía mucho tiempo para sentir lástima de mí mismo. Eso ya llegaría más tarde. De momento tenía una cita.

Era mi cumpleaños, y se suponía que iban a leer el testamento de mi padre. Bueno, de mi auténtico padre, si es que aquello era verdad.

Todo era una encerrona, por supuesto. Pero tenía que seguirles la corriente. Era una trampa, sí, pero la única forma de salir de ella era meterme de cabeza en ella.

Aria era Visser Tres. Me había estado buscando, lo cual significaba que sospechaba de mí. Si yo no me presentaba, quedaría claro que había averiguado que era una trampa, y a los yeerks no les costaría deducir que yo era un animorph.

Pero ¿por qué habían sospechado de mí? El caso es que una vez que supieran que yo, un chico humano, era uno de los llamados bandidos andalitas, era fácil adivinar que los demás también eran humanos, que debían de ser chicos amigos míos.

A partir de entonces sería una partida de ajedrez mortal, con un solo final posible.

Darían con Jake. Lo convertirían en controlador. Y aunque Jake muriera intentando resistirse, luego darían con Marco, su mejor amigo y Rachel, su prima. A partir de Rachel localizarían a Cassie. Y sería el final.

Tenía que entrar en el despacho de aquel abogado, dejar que Visser Tres hiciera saltar la trampa... Y no quedar atrapado en ella.

Y lo peor de todo era que tenía que hacerlo solo. Visser Tres tenía sus fuerzas agrupadas en torno al despacho de DeGroot. En cuanto vieran algún animal extraño, el juego habría terminado.

De hecho, mis amigos tenían otras cosas que hacer. Mientras yo me enfrentaba a DeGroot y la falsa Aria, ellos atacarían a los yeerks e intentarían destruir el arsenal secreto.

Me transformé en humano bastante lejos del despacho, para eliminar cualquier posibilidad de que me vieran. Luego tuve que recorrer andando ocho manzanas. Hacía mucho tiempo que no caminaba. Es una forma de viajar bastante ineficaz. Cuando tienes que arrastrarte por el suelo sobre dos piernas, sólo hay dos dimensiones. Además, es muy lento. Están los semáforos, los coches, otras personas..No, volar es muchísimo mejor.

«Así que ya puedes estar contento —me dije con amargura—. Es una suerte no volver a ser humano. Todavía puedes volar.»

No tendría familia, pero podría volar.

Cuando llegué al despacho estaba temblando de miedo. Pero no tenía miedo por mí. Supongo que en cierto modo no me importaba morirme. No, me preocupaba más meter la pata por los demás. Por mis amigos.

Creo que es verdad eso que dicen de los soldados, que empiezan luchando por su

país y terminan luchando por el tipo que tienen al lado en la trinchera.

A mí en aquel momento ya no me importaba tanto el destino de la raza humana. Yo no era humano, sino un halcón. Pero sí me importaban Jake, Cassie, Marco, Ax y Rachel. Siempre Rachel.

La recepcionista no estaba en su mesa cuando yo entré temblando. Me quedé allí de pie, sin saber qué hacer, hasta que Aria y el abogado salieron del despacho.

Aria esbozó una ancha sonrisa.

—Tú debes de ser Tobias.

Yo me acordé de cuando la vi por primera vez, cuando la espiaba a través de la ventana del hotel. En aquel entonces hubo algo que me pareció raro, y ahora por fin se me ocurrió qué era: se suponía que Aria se había pasado no sé cuánto tiempo en África, pero cuando salió de su habitación, se detuvo para arreglarse el pelo. Una cosa que haría cualquier mujer normal, pero no una persona que se había pasado años escondiéndose entre los matorrales y recorriendo la selva en todoterrenos.

—Sí, soy Tobias —contesté.

Quería interpretar el papel de un chico duro de la calle. Para mí era fácil, puesto que a veces se me olvidaba mostrar expresiones faciales y tenía cierta tendencia a mirar fijamente sin decir nada.

Aria me abrazó. La falsa Aria.

Visser Tres.

Yo me tensé e intenté apartarme.

—Está bien —dijo ella, con toda sinceridad—. Somos de la familia, Tobias. Quiero cuidar de ti.

DeGroot se acercó entonces a estrecharme la mano.

—Vamos, hombrecito.

Cualquiera que no supiera nada jamás se habría dado cuenta, pero lo cierto es que DeGroot se mantenía apartado de Aria, como si no quisiera acercarse demasiado, como si no quisiera tocarla.

Como si le tuviera miedo.

«Así que DeGroot está metido en esto —pensé—. Es un controlador. Sabe quién es Aria.»

Nos sentamos en el despacho. DeGroot miraba a Aria como esperando instrucciones. Aria seguía interpretando su papel de mujer preocupada y decente. Yo seguía siendo el chico duro de la calle.

Un movimiento en falso, el más mínimo error y los yeerks caerían sobre mí sin darme ni tiempo para reaccionar.

—Nos hemos reunido hoy aquí para la lectura de un importante documento que tu padre dejó para ti. Un hombre muy diferente del que tú creías que sea tu padre.

Yo me encogí de hombros.

—Ya.

Aria se inclinó hacia mi.

—¿No te interesa descubrir quién es tu auténtico padre?

Entonces me eché a reír.

—¿Me ha dejado dinero?

—No —contestó DeGroot alzando las cejas.

—Ya me lo imaginaba —repliqué con gesto impaciente.

DeGroot dio unos golpecitos en las hojas de papel para ponerlas en orden.

—Entonces procederemos sin más a la lectura del documento, si es que...

En ese momento Visser Tres asomó un poco a la superficie.

—¡Vamos! —gritó con brusquedad. Luego, fingiendo una sonrisa, añadió—:

Estoy impaciente por ver de qué va todo esto.

De modo que el abogado empezó a leer.

A mí se me había olvidado cómo utilizar las expresiones faciales. Estaba acostumbrado a ser un halcón, no una persona.

Eso me salvó la vida.

«Querido Tobias» —leyó el abogado.

Vaciló un momento y se puso unas gafas.

«Querido Tobias. Soy tu padre. Tú no me has conocido, y yo tampoco te he conocido a ti. No sé cómo ha sido tu vida todos estos años. Espero que tu madre encontrara otro amor. Yo sé que todo recuerdo de mí ha sido borrado de su mente. Toda evidencia de mi tiempo en la Tierra ha desaparecido.»

Notaba que Aria me miraba fijamente, alerta como un depredador. Yo me mantuve inexpresivo, sabiendo que Visser estaba esperando alguna reacción, una mueca, un gesto de preocupación, alguna emoción que me traicionara.

Pero me mantuve firme.

«La misma criatura que borró mi rastro en la Tierra me ha dado esta oportunidad de comunicarme contigo. Me ha llamado el deber, y no puedo fallar.»

«Todo esto te parecerá muy extraño, mi desconocido hijo. Pero yo no soy de tu raza. He asumido una forma humana, pero no soy humano.»

Mis pulmones querían dejar de respirar, mi corazón dejar de latir. De pronto me sentí encerrado en un espacio muy pequeño, como si Aria-Visser estuviera respirando junto a mi mejilla y el abogado se inclinara sobre la mesa para susurrarme las palabras al oído.

¡No soy humano!

¡Una reacción! ¡Necesitaba mostrar alguna reacción!

Puse los ojos en blanco.

—¡Vaya, hombre! —exclamé con el tono más sarcástico que pude.

El abogado miró un instante a Visser Tres y siguió leyendo.

«Luché en una guerra terrible. Hice cosas terribles. Supongo que tenía que hacerlas. Pero me cansé de la guerra, de modo que huí. Me escondí entre la gente de la Tierra, entre humanos. Mientras estuve en la Tierra, viviendo como un ser humano, asumí el nombre de Alan Fangor.»

El abogado ya no leía, sino que citaba de memoria mientras me miraba con los ojos medio cerrados.

«...asumí el nombre de Alan Fangor. Pero mi auténtico nombre es Elfangor. Sirinial-Shamtul.»

El tiempo se detuvo. Yo me sentía como si hubiera metido los dedos en un enchufe de un millón de voltios. Todas las células de mi cuerpo temblaban.

¡Elfangor! ¡Mi padre!

Pero no podía dejar que asomara a mi cara la más mínima expresión. Ni un movimiento, ni un gesto con los ojos. Nada. ¡Nada!

El abogado se había detenido. Visser Tres me miraba airado con ojos de mujer.

Yo me encogí de hombros.

—¿Ya está?

Los ojos de Aria se nublaron.

Estaba decepcionada. La tensión, la electricidad pareció disiparse poco a poco en aquel despacho estrecho y sin aire.

—Hay más —contestó el abogado, suspirando por fin—. «Pero mi auténtico nombre es Elfangor-Sirinial-Shamtul —repitió, como si no pudiera creerse que aquel nombre no me hubiera hecho pegar un brinco hasta el techo—. Y aunque nunca me concerás y nunca nos veremos, quería que supieras que si desaparecí de tu vida no fue por decisión propia. Yo sólo quería vivir mi vida, amar a tu madre, quererte a ti.» «Sí que nos hemos conocido, Elfangor —pensé—. Nos conocimos cuando tú agonizabas. ¿Lo sabías entonces? ¿Lo adivinaste?... Padre. ¿Sentiste en aquel terrible momento, cuando tuve que abandonarte al asesino que ahora se sienta a mi lado... sentiste que yo era tu hijo?»

¡Lágrimas! ¡NO! ¡NO! Una sola lágrima sería mi perdición.

DeGroot parecía ahora molesto, decepcionado. Leyó mascullando el último párrafo de la carta, como si de pronto tuviera prisa por irse.

«Pero yo formaba parte de algo más grande. Tenía un deber. Tenía que combatir un gran mal. Había vidas en juego, incluyendo la tuya y la de tu madre. Pertenezco a una raza llamada andalita. El deber es muy importante para nosotros, como lo es también para muchos, muchos humanos. No puedo decir que te quiero, hijo mío, porque no te conozco. Pero sé que deseaba quererte.» Está firmado Elfangor-Sirinial-Shamtul, príncipe.

Yo lancé una ronca carcajada.

—No me extraña.

—¿El qué no te extraña? —preguntó la criatura que se hacía llamar Aria.

—Pues que aparezca mi supuesto «padre auténtico» y sea un chiflado. Menudo idiota. Genial. Así que nada de dinero, ¿no?

—No —confirmó DeGroot.

Yo me levanté y Aria me imitó.

—¿De verdad quieres hacerte cargo de mí, o es que esperabas que heredara algo importante? —pregunté.

—Quiero hacerme cargo de ti —contestó ella con falsa sonrisa—. Pero tal vez tengamos que esperar un poco. Verás, es que me han llamado para que vuelva a África para... para repetir las fotos de unos leones.

Yo lancé una risa despectiva, siempre en mi papel de chico duro.

—Genial. Mi padre era un chiflado y mi prima una mentirosa.

Con estas palabras les di la espalda y me marché.

—Tobias —me llamó Aria.

—¿Qué?

—Yo...conocí a tu padre. Éramos...bueno, digamos que estábamos en bandos opuestos con respecto a ciertos temas. Pero no era ningún idiota. —De pronto Aria-Visser Tres sonrió. Era una sonrisa lejana, como si estuviera recordando algo que pasó hacía mucho tiempo—. El príncipe Elfangor-Sirinial-Shamtul no era ningún estúpido. No es fácil que vuelva a haber en la galaxia alguien como él.

Yo alcé las manos.

—¡Jo, estás tan chalada como él!

En cuanto salí y cerré la puerta, oí que DeGroot decía:

—¿No deberíamos capturarlo, convertirlo en uno de los nuestros? Aunque sólo sea por seguridad.

Aria resopló con desdén.

—Es basura de la calle. Sería desperdiciar un yeerk. Elfangor estaría avergonzado. Su hijo debería ser un guerrero, un adversario digno, no un estúpido. Es una verdadera pena.

Yo ya llevaba transformado mucho tiempo. Salí del despacho y llegué a un sitio sin que nadie me siguiera. Allí recuperé mi cuerpo. No pensé en mi decisión de convertirme definitivamente en humano. Me transformé en halcón antes de quedar atrapado.

Pero luego volví a convertirme en humano. Porque quería llorar. Necesitaba llorar. Y los halcones no lloran.

Ahora lo entendía todo. DeGroot dijo que había heredado aquel documento de su padre, que también era abogado. El joven DeGroot era un controlador. Casi debió de darle un ataque al corazón al leer los viejos archivos de su padre y dar con el nombre de Elfangor-Sirinial-Shamtul.

No había un solo yeerk vivo que no conociera ese nombre.

Visser Tres se preguntó entonces qué habría pasado con el hijo de su archienemigo. Tal vez el hijo de Elfangor conocí ala verdad, tal vez estaba relacionado con los «bandidos andalitas» que tanto le incordiaban.

Al investigar un poco averiguó que yo había desaparecido del colegio y de la custodia de mis tíos. Aquello debió de llamarle la atención.

De modo que ideó una trampa. Inventó una prima, me ofreció lo que era evidente que yo no tenía: un hogar. Pensó que así bajaría mis defensas. Luego me leyó el documento.

Pero las cosas se complicaron. Visser Tres tuvo que enfrentarse a una crisis: el joven hork-bajir llamado Bek. De modo que necesitaba dos trampas, una para mí y otra para el joven Bek.

Por si acaso yo estaba conectado con los «bandidos andalitas», interpretó su papel a la perfección. En su primera visita al safari para ver a Bek, fingió una humanidad que no tenía. Más tarde se las apañó para que pareciera que había salvado la vida a una niña. ¿Qué mejor prueba de que era de verdad humano?

Y habría dado resultado... De no ser porque Visser Tres fue llamado de pronto a la instalación en la que acababan de «capturar» a un grupo de hork-bajir libres.

En aquel entonces estaba transformado en Aria. Tenía que llegar rápidamente al arsenal. Un helicóptero era el transporte más adecuado, pero para eso tenía que viajar con forma humana.

Yo lo vi, y eso me salvó la vida y dio al traste con sus planes.

Después de la entrevista con el abogado, volé a mi pradera, con la mente y el corazón a punto de explotar.

Elfangor, mi padre.

Yo sabía perfectamente quién había borrado el rastro de Elfangor en la Tierra, quién le había permitido dejarme aquella carta.

Sólo el ellimista podía haberlo hecho.

Aterricé en la rama favorita de mi árbol favorito. Mi padre me había dejado. Mi madre ni siquiera lo recordaba. Él nunca había existido para ella. Y yo tampoco habría sabido nada de no ser por el documento.

Quizá debería estar furioso con él, pero no era eso lo que sentía.

Elfangor había huido de su deber cuando vino a la Tierra. No había tenido más

opción que volver a ese deber. No tenía más remedio, si quería interpretar su papel y ser el gran príncipe que era.

Yo había perdido un padre. Gracias a eso Elfangor estuvo donde tenía que estar, en el momento preciso, para cambiar las vidas de cinco chicos normales. Y tal vez..., tal vez salvar a la raza humana.

Me pregunté por qué el elimista habría permitido que mi padre dejara aquel documento. Pero no tardé en encontrar la respuesta:

Yo también tenía un deber. ¿Y quién es la persona encargada de recordarnos que a pesar de nuestros deseos personales, lo más importante es hacer lo necesario y lo correcto?

<Mensaje recibido, padre. Mensaje recibido.>

Planeaba sobre la hierba en silencio. Apunté hacia delante con las garras, agité la cola, batí las alas y caí con perfecta precisión.

Mis garras se hundieron en el cuello del conejo.

Y una vez más dejé de ser un halcón para convertirme en. Otro animal. Ya no era el asesino sino la víctima, no el depredador sino la presa.

En esta visión sentí el dolor de mis garras en mi propio cuello. Sentí el terror ante la muerte que bajaba del cielo.

Pero aguanté. Tenía que aceptar lo que la visión me estaba diciendo. Era algo que un rincón de mi mente quería que yo comprendiera.

El conejo se calmó mientras yo adquiría su ADN, mientras pasaba a ser parte de mí. Luego apreté las garras hasta que el animal dejó de moverse, hasta que su corazón dejó de latir.

Al fin y al cabo soy un ave de presa. Tengo que matar para comer.

Pero también soy un ser humano, y jamás podré tomar una vida sin sentirlo.

Había oído el mensaje de mi padre, llegado a través de los años.

Ahora oía el mensaje que mi propia mente me enviaba: «Eres ambas cosas, Tobias. Eres halcón y humano. Siempre lo serás. Siempre tendrás que matar para comer, y siempre lo lamentarás.»

Supongo que es una situación difícil. Pero mi deber es ser lo que soy: Un halcón, un chico. Instinto y emoción. Y tendré que seguir caminando por esta cuerda floja.

Me comí a la madre conejo. Luego me transformé en ella y guié a las crías hasta su madriguera, mientras el otro halcón volaba sobre nosotros, esperando una oportunidad para devorarnos.

La vida sería mucho más sencilla si yo pudiera ser un animal sin sentimientos, sin piedad.

Si todas mis decisiones fueran claras.

Si todo tuviera lógica.

Pero los seres humanos no somos así.

Miré al otro halcón con los ojos aterrados del conejo. Me había convertido en presa, y esta vez de verdad. Ahora sabía lo que se sentía. Eso era lo que mis presas veían cuando notaban que mi sombra tapaba el sol. Era bueno que yo lo supiera.

<Lo siento, hermano halcón —dije a la sombra de la muerte—. En esta pradera no queda nada para ti. Estos pequeños están ahora bajo mi protección.>

Tenía que matar para comer, es verdad, pero no necesitaba comerme a aquellas crías. De aquellos conejos me apiadaría, como un ser humano.

Esa noche fui a la habitación de Rachel. Estaba dormida y se enfadó un poco cuando la desperté. Pero salió de la cama, se puso una bata y me dijo que jamás

conseguiría dormir con un pájaro estúpido que entraba y salía por su ventana a cualquier hora.

Luego me enseñó el pastel. Encendió una vela y yo la apagué batiendo las alas. Ninguno de los dos cantó «cumpleaños feliz». Pero ella lo dijo:

—Feliz cumpleaños, Tobias.



KATHERINE ALICE APPLGATE. (Michigan, 19 de Julio de 1956) Es una autora americana bien conocida por sus exitosas sagas *Animorphs*, *Remnants* y *Everworld* entre otras sagas, si bien algunos de los libros de dichas series fueron coescritos por autores fantasma.

Ganó el *Best New Children's Book Series Award* de la revista *Publishers Weekly* en 1997, y su libro *Home of the Brave* le ha brindado dos premios más. Para más información, visita su web personal en <http://www.katherineapplegate.com/>.